RESCATE EN MARTE

GLENN PARRISH



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

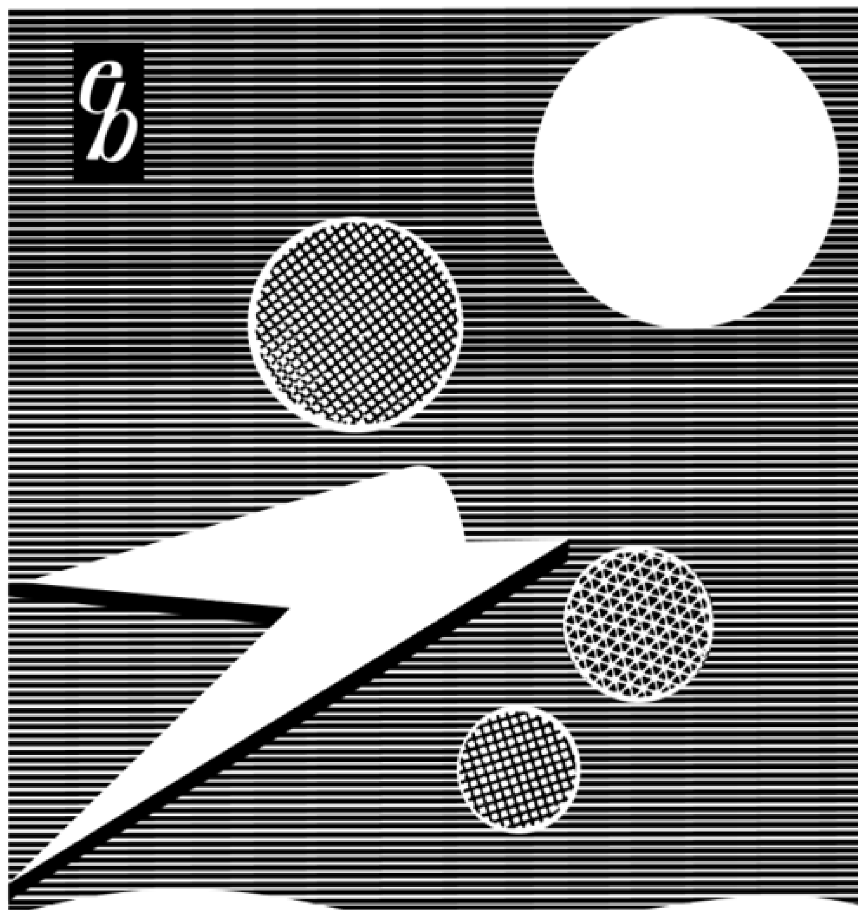
RESCATE EN MARTE

GLENN PARRISH





BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

RESCATE EN MARTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 51

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

Depósito Legal B 24.600 -1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. Más allá de Katmandú — *Peter Derby*
2. Los mercenarios de las estrellas — *A. Thorkent*
3. El número uno — *Glenn Parrish*
4. La cosa que vino de Venus — *Keith Luger*
5. La espada y los brujos — *Curtis Garland*

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando el fiscal le preguntó al profesor Handley Stuyler si había visto al acusado antes de aquel momento, el profesor dijo que lo había visto en Marte, cosa que organizó, un jolgorio imponente en el tribunal.

El único que no se divirtió, claro, fue el acusado, Red Jarliss, quien, al igual que su abogado, conocía la importancia de la declaración del profesor. El científico «aterrizó» al fin y dejó de estar distraído. Entonces dijo lo que todo el mundo, y más que nadie, el fiscal deseaban que dijera.

Stuyler había sufrido muchas presiones de distinta índole y había resistido victoriosamente las acometidas de los esbirros del acusado: sobornos, intentos de chantaje, atentados… Stuyler era un hombre de rectas convicciones y no se dejó amedrentar por nada ni por nadie y, al fin, declaró lo que sabía y lo que había visto en la fecha que se le preguntaba.

Red Jarliss, el acusado, se puso lívido. Aquella declaración lo enviaba a la cámara de gas.

Luego del juicio, el fiscal preguntó al profesor por qué había dicho aquello de Marte. El profesor contestó que en aquellos

momentos estaba distraído, pensando en su próximo viaje a Marte.

— ¡Pero no hay ningún viaje programado por la NASA a Marte, profesor! —exclamó el fiscal, atónito.

Stuyler miró indignado al fiscal.

— ¿Acaso cree usted que yo puedo tener alguna relación con esa colección de asnos que componen la NASA? —contestó abruptamente.

Después de lo cual, tomó el portante y se marchó, murmurando calificativos aún menos agradables contra la NASA, el gobierno y unos cuantos tipos más que el fiscal no logró entender. Tampoco se preocupó mucho de ello, dicho sea en honor de la verdad.

Al día siguiente, como muchos otros días, yo le esperaba en las inmediaciones de su propiedad, situada al pie de una abrupta montaña de empinadas laderas rocosas. Nunca sabré explicarme qué es lo que hizo que el profesor, gruñón, atrabiliario y mal hablado en casi todas las ocasiones, y que yo, un muchacho de entonces apenas dieciséis años, nos convirtiéramos en los mejores amigos del mundo.

Tal vez fue porque yo había demostrado afecto y comprensión a un hombre que no lo había encontrado nunca, o porque mostraba avidez por oírle… Quizá también es porque él siempre me trató muy humanamente y yo no había conocido a mi padre. Aquel hombre, de unos cuarenta y cuatro años y yo éramos los mejores amigos del mundo.

Cuando le vi llegar en su viejo automóvil del año treinta y pico, me puse en pie y agité la mano alegremente. «Jackie», mi perro mastín, se puso a ladrar con bastante estrépito.

Stuyler frenó el coche y me miró por encima de sus viejas antiparras. 1

—Hola, Donald —me saludó—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba esperándole, profesor. Tenía ganas de charlar con usted…

—Y te dedicas a pasear por el campo en lugar de estudiar, ¿no es eso?

—Bueno, hace un día estupendo… y saqué unas notas muy buenas en el último trimestre. Puedo perder un día, profesor… y a

poco que usted me conteste a unas cuantas preguntas, yo habré ganado la mitad del próximo trimestre.

Stuyler se echó a reír.

—Sabes halagar a la gente, Johnny, no cabe la menor duda —dijo, a la vez que abría la portezuela—. Anda, subid los dos.

Entramos en el coche. «Jackie» pasó al asiento posterior, lanzando un alegre ladrido de saludo. El profesor arrancó de nuevo y entonces fue cuando reparó en el diario plegado que yo tenía sobre las rodillas.

—El periódico, ¿eh? ¿Qué dicen esos chismosos, Donald? Seguro que hablan del juicio, ¿verdad?

—Sí, profesor —contesté—. Lo hizo usted muy bien.

— ¡Bah, lo único que hice fue decir la verdad de todo lo que vi! Ese Jarliss es un asesino redomado y no merece vivir entre las personas decentes. Por cierto, que si se retrasa el juicio un día más, ya no me encuentran y Jarliss no hubiera podido ser condenado.

— ¿Cómo? ¿Se marcha usted de viaje, profesor? —pregunté.

—Sí, Donald. Me voy a Marte.

—Pero..., yo creí que era una broma suya... —dije, desconcertado.

— ¿Broma? No hay tal broma, Johnny. Ya tengo todo listo y preparado, ¿sabes? Me ha costado casi quince años de trabajo y no pienso esperar ya un día más.

Le miré horrorizado. Aunque yo entonces era muy joven para discernir ciertas cosas, las palabras que acababa de escuchar me hicieron pensar que el profesor, aquel hombre a quien yo tanto admiraba, había perdido el juicio.

—No, Donald, no —dijo con acento calmoso, como si hubiera adivinado mis pensamientos—, no he perdido el juicio. Y te lo voy a demostrar en seguida.

El coche acometió una curva, y, a la salida de la misma, nos hallamos en los límites de la propiedad que el profesor había comprado muchos años antes y que antiguamente había sido un

rancho de ganado.

Ahora, naturalmente, no había reses ni otros animales que los que merodeaban por las montañas vecinas y que de cuando en cuando bajaban al llano en busca de alimento. Era una extensa propiedad, limitada por el lado norte por unos farallones rocosos que, en algunos puntos, rebasaban los doscientos metros de altura.

Al pie estaba la casa donde vivía el profesor, un viejo edificio que se caía a pedazos. Unas semanas antes se había muerto su ama de llaves y Stuyler, inexplicablemente, no había querido sustituirla. No había sido por afecto a la muerta solamente.

Luego lo comprendí. Si se iba a marchar a Marte, ¿para qué necesitaba otra ama de llaves?

Pero en aquellos momentos yo no creía en absoluto en las palabras del profesor. Stuyler, sin embargo, no dijo nada, hasta que paró el coche.

El profesor no me condujo su casa, como tenía por costumbre, sino que desvió el automóvil unos doscientos metros a la izquierda, dirigiéndolo a la base de un impresionante paredón rocoso, sin que yo comprendiera entonces sus intenciones. A los pocos momentos, frenó y saltó al suelo.

Yo y «Jackie» le seguimos en el acto. Stuyler se acercó a la base de la ladera, apoyó la mano en un determinado punto y algo que parecía una puerta de grandes dimensiones giró silenciosamente a un lado, dejando ver la entrada a un túnel de más de cinco metros de diámetro.

Luego se volvió hacia mí y me miró sonriendo.

—Entra, Johnny —invitó.

Junto a la boca del túnel, había un interruptor. Stuyler lo hizo funcionar y toda una serie de lámparas se encendieron, ahuyentando las tinieblas con un vivo resplandor.

Caminamos paso a paso, en medio de un religioso silencio. Como doscientos pasos más adelante, el túnel se ensanchó en lo que parecía la base de un gigantesco pozo, y entonces fue cuando vi la astronave del profesor Stuyler.

También entonces comprendí sus virulentas diatribas contra la

NASA. Pero en aquellos momentos, yo seguía aún dudando de la integridad de sus facultades mentales.

Aunque, bien mirado, ¿qué científico no está un poco chiflado?

El profesor apoyó la mano en una de las patas sustentadoras de aquel gigantesco artefacto y, sonriendo satisfecho, me dijo:

—Aquí tienes, Johnny, esta es la nave que me ha de llevar a Marte, en cuya superficie pienso poner los pies antes de cuatro semanas.

* * *

Yo me sentía mudo de asombro, mientras contemplaba estupefacto el gigantesco huso que se perdía en las alturas de aquel pozo excavado en la roca viva y cuyo diámetro poseía la suficiente holgura para contenerlo sin agobios. ¿Cómo era posible que Stuyler hubiera podido construir un aparato semejante sin que nadie se enterase de ello?

Stuyler adivinó lo que bullía en mi mente y dijo:

—La respuesta a esa pregunta que no has formulado es bien sencilla, Johnny: trayendo las piezas una a una y montándolas después poco a poco. Esto sería interminable de contar, pero, básicamente, así ha sucedido y no en un día, claro. He tardado nada menos que quince años y hoy es el día en que voy a ver cumplidos mis sueños.

—Es... es increíble —dije, anonadado por la emoción—. Es una astronave más grande...

—Que las que viajan a la Luna, ¿verdad? Y mejor construida también, aunque eso signifique orgullo desmedido, y también más barata, y mucho más fácil de manejar y con más capacidad de carga. Tiene tantas cosas que son mejores que la hacen superior a las de la NASA. Estaría hablándote de ella y no acabaría en un año, Johnny, puedes creerme.

— ¿Y la ha construido usted sólo, profesor?

—En cierto modo, así es, aunque muchas piezas me las han

fabricado bajo mi especificación y hasta supervisión cuando convenía. Pero el montaje final ha sido mío y sólo mío, Johnny.

— ¿Y el pozo?

—Fue lo primero que hice, claro. No podía levantar un andamiaje que me hubiera delatado a muchos kilómetros de distancia. En realidad, no lo hice yo, sino que lo mandé excavar a una compañía minera, que hizo el trabajo de acuerdo con mis planos. Ellos también montaron el ascensor lateral que ves ahí y la grúa que hay en la parte superior y que me ha servido para izar las piezas más pesadas. Dije que era para unos experimentos científicos, y como no di más explicaciones, tampoco me las pidieron.

Yo me sentía lleno de asombro. Aquello era tan fantástico para mí, que a veces creía soñar.

—Profesor, ¿de veras cree que llegará a Marte? —pregunté.

—Estoy absolutamente seguro de ello, Johnny, A propósito, puedes quedarte con mi coche si te gusta.

—Un momento, profesor; hay muchas cosas que no entiendo todavía —exclamé.

— ¿Por ejemplo, Johnny? —preguntó Stuyler, sonriendo benévolamente.

—El combustible, profesor. Recuerde que yo estoy en mi segundo curso de Química.

—El combustible es una fórmula mía, más potente y barato y, sobre todo, sencillo de fabricar, que todos los que se conocen hasta ahora. ¿Más preguntas, Johnny?

—Sí, profesor. Tengo muchas preguntas que hacerle, aunque no sé si usted querrá contestarme a todas —aseguré.

—No hay inconveniente, Johnny —aceptó Stuyler con la paciencia que siempre le caracterizaba en sus relaciones conmigo—. Empieza cuando gustes.

CAPÍTULO II

La verdad era que no sabía por dónde empezar. Las palabras se atropellaban en mi boca y las ideas surgían tumultuosamente en mi cerebro. Tras algunos segundos de reflexión, dije:

— ¿Por qué hoy precisamente, profesor?

—Porque estamos a diecisiete de junio de mil novecientos setenta y uno y faltan cincuenta y tres días para que se produzca la mínima distancia entre Marte y la Tierra. El doce de agosto, Marte se hallará solamente a cincuenta y seis millones doscientos mil kilómetros de distancia. En estos momentos, se encuentra a ciento doce millones, en cifras redondas. Yo voy a salir a su encuentro, ¿comprendes?

»Tú no ignoras que en determinados puntos de sus órbitas, Marte y la Tierra se encuentran en lo que los astrónomos llaman en oposición con el Sol. Entonces, la distancia entre ambos planetas es mínima y según los trazados de sus órbitas, esa distancia puede ser mayor o menor. En este año de mil novecientos setenta y uno, la separación entre los dos planetas será solamente de algo más de cincuenta y seis millones, como te he dicho.

—Todo eso lo sé, profesor, pero...

—Deja que te explique, Johnny —pidió Stuyler—. Marte se acerca al punto mínimo a razón de poco más de un millón de kilómetros diarios. Mi nave alcanzará esa velocidad a las veinticuatro horas de haber despegado. Por tanto, en cincuenta y tantos días, habré recorrido cincuenta y seis millones de kilómetros y estaré a punto de aterrizar en Marte. Ahora como te digo, está a ciento doce millones de kilómetros.

—Ya entiendo. Es como salir al encuentro de una persona que viene a buscarnos, caminando al paso. Uno se mueve a la misma velocidad.

Stuyler sonrió.

—Justamente así es, con palabras sencillas. Marte y yo nos moveremos a la misma velocidad, pero con órbitas convergentes. No podría hacerlo el año mil novecientos setenta y tres, en que estará a sesenta y cinco millones…, y esperar al año ochenta y seis, en que estará a sesenta millones de kilómetros es demasiado esperar para mí. Simplemente, me voy y eso es todo.

—Profesor, pero…, buscar el rumbo a Marte.

Stuyler soltó una estentórea carcajada.

— ¿Crees que es una nave como las que han ido a la Luna, prácticamente dirigidas en todo desde el suelo terrestre? —exclamó—. Estaríamos listos si tuviesen que guiarme desde aquí abajo. No, yo en persona pilotaré mi astronave y de la manera más sencilla que puedas imaginarte. Si tú conduces mi coche por una llanura y quieres dirigirte a un punto determinado, lo buscas con la vista y ya está, ¿no es así?

— ¿Quiere decir que irá a Marte, guiándose visualmente, como hacían los antiguos pilotos de aviación? —dije, pasmado.

—Pues claro que sí. Combustible me sobra para ir y venir varias veces y puedo hacer todas las correcciones de rumbo que sean necesarias, sin tener que estar mirando los niveles de combustible a cada momento. Será tan fácil como venir a mi casa desde la entrada de la finca; se ve desde allí y, aunque no hubiera camino, uno guiaría el coche a través del campo, fijándose en el edificio. ¿Que en el camino se encuentra con un barranco? Se da un rodeo, se apunta de nuevo a la casa y ya está. Así haré yo, Johnny.

—La comida…

—Tengo de sobra —dijo Stuyler, implacable.

— ¿Agua?

—No hay problema.

— ¿Y vivirá sobre la superficie de Marte?

—Claro que sí, Johnny.

—Pero no hay atmósfera...

De nuevo Stuyler se echó a reír.

—Llevo conmigo mi generador de oxígeno y también mi generador de hidrógeno, elementos ambos que obtendré del suelo marciano directamente. El suelo de Marte, Johnny, no es distinto, geológicamente, del de la Tierra; hay nitrógeno, que combinado con el oxígeno me dará una atmósfera respirable, y hay también hidrógeno, con lo que, al combinarlo con el oxígeno, tendré asimismo agua. Es probable que instale una granja experimental; me llevo semillas, y también los elementos para construir espacios cerrados, en forma de cúpulas, sostenidas por la presión de la atmósfera interna.

»No olvides tampoco que en Marte hay atmósfera, más o menos, como la existente en la Tierra, a unos diez mil metros de altura; y que el agua, aunque escasa, no falta tampoco. En fin, para no cansarte, te diré que mi supervivencia: está garantizada durante un largo período de tiempo, años incluso, y que podré regresar a la Tierra en el momento en que lo desee.

«Entonces —blandió el puño—, verán esos burros de la NASA, lo que han perdido no aceptando mis teorías y el mundo entero se reirá de ellos. Miles de millones de dólares consumidos inútilmente a cuenta del contribuyente, cuando por tres o cuatro podrían haberlo conseguido igualmente.

— ¿Se ha gastado usted tres o cuatro millones de dólares? —pregunté, asombrado, pues no tenía la menor idea de que el profesor fuese tan rico.

—Así es, Johnny. Claro es que la cuestión económica no me ha apurado nunca; de lo contrario, no habría podido financiar los cuantiosos gastos de mi expedición. Hace casi veinte años, hice un descubrimiento y las patentes me rindieron sustanciosos beneficios y todavía seguirán dándolos durante mucho tiempo.

—Y luego, cuando vuelva, escribirá un libro con sus experiencias y se hinchará otra vez de ganar dinero —dije.

Stuyler me dio una palmada en el hombro.

—No obres nunca sólo por dinero —dijo—. Sirve para vivir, qué duda cabe, pero no debemos tomarlo como exclusiva meta de nuestra

existencia.

—Sí, profesor. Y ahora, una última pregunta.

—Dime, Johnny.

— ¿Qué nombre le ha puesto a la astronave?

—*Bella María,* así, en español. Es el nombre de mi hija, ¿sabes?

— ¡Caramba! Nunca supe que tuviera una hija, profesor.

Me pareció que Stuyler se ponía serio.

—Está en casa de unos hermanos míos —contestó—. Su madre murió cuando ella tenía sólo tres años. Yo no hubiera podido educarla bien, aunque he ido a verla muy a menudo. Pero en fin no nos pongamos tristes, aunque haya llegado la hora de la despedida.

—Sí, profesor.

Stuyler se dirigió hacia el ascensor.

—Te autorizo a que concedas entrevistas a los periodistas —dijo de magnífico humor.

—Gracias, profesor. ¿Cuándo comenzará la cuenta atrás? —pregunté.

— ¡Johnny! ¿Te has creído que mi nave ha sido construida por los de la NASA? En cuanto haya revisado los instrumentos, daré el contacto, cosa que ocurrirá dentro de un cuarto de hora, más o menos. Ah, aléjate del túnel; servirá para escape de los gases, ¿comprendes?

—Sí, profesor.

Stuyler me dirigió una mirada de orgullo.

—Llegaré a Marte y tan fácilmente como si fuese a Denver por una autopista. Pero la autopista que yo voy a emplear está en el cielo.

—Adiós, profesor —dije, con la voz estrangulada por la emoción.

El ascensor empezó a remontarse a las alturas.

— ¡Adiós, Johnny! Sitúate a mil metros de distancia por lo

menos de la boca del túnel en línea recta y a otros tantos en ángulo de noventa grados. Así evitarás daño alguno.

— ¡Buen viaje, profesor!

Stuyler hizo un gesto con la mano. Yo estuve aún algunos momentos en el fondo del pozo, viendo cómo se perdía el ascensor en las alturas. Luego, el profesor gritó algo que estaba en su casa, pero no pude entenderle bien y me dirigí hacia la salida.

Me situé justamente en el lugar donde me había indicado. La boca superior del tubo era invisible desde donde yo estaba. Contaba los minutos impaciente, sintiendo en mi interior una extraña emoción.

Allí había un hombre que se iba a Marte, sin ruidos, sin estridencias publicitarias, él solo, con la misma naturalidad que una persona corriente tomaría la autopista para dirigirse a Denver, con la misma sencillez que yo iba a diario a mis clases en el colegio.

Un viaje solitario a Marte, con un solitario espectador. ¿No resultaba extraordinario?

De repente, oí el ruido del motor de un automóvil.

Volví la cabeza.

Un gran coche negro se acercaba a toda velocidad por la llanura. Me sentí preocupado, porque vi que su conductor enfilaba directamente hacia la base de los farallones.

El coche se detuvo de pronto a pocos pasos de mí.

Un hombre asomó la cabeza por la ventanilla de la derecha.

— ¡Eh, chico! ¿Has visto al profesor Stuyler? —preguntó.

—Se va a Marte —contesté sin inmutarme.

—Gracioso —dijo el sujeto, cuyo aspecto no me gustó nada—. Estás de broma, ¿eh?

Yo me encogí de hombros.

—Allá usted —respondí—. Pero dentro de unos minutos, lo verán elevarse al espacio.

—Si me haces bajar del coche, te partiré la cara, chico —graznó

aquel pajarraco.

Alguien, en el asiento posterior, dio una orden. El conductor arrancó de nuevo.

Vi una cara que me pareció conocida. De pronto, recordé.

Era Bill Crook, el lugarteniente de Red Jarliss. Su jefe había sido condenado gracias a la declaración del profesor y ahora venían a tomarse la venganza.

El automóvil enfiló directamente al túnel.

— ¡Por allí, no! —grité despavorido—. ¡Es peligroso!

Ni me oyeron o, si me oyeron, no me hicieron caso. El suelo era bastante llano y permitía buenas velocidades. Sentí un nudo en la garganta.

El automóvil se adentró en el túnel y yo lo perdí de vista.

En el mismo instante, brotó un profundo rugido que nacía de las entrañas de la tierra.

Una espesa nube de vapor surgió por la boca del túnel. También salía humo por la parte superior, pero en menor cantidad.

El ruido se hizo cada vez más fuerte. Súbitamente, vi salir un espantoso chorro de llamas por el túnel. Era como una colosal lanza de fuego que alcanza a cincuenta y sesenta metros de distancia.

No creo que los bandidos se enterasen siquiera de lo que pasaba. La espantosa temperatura debió volatilizar el coche y a sus ocupantes en cuestión de segundos.

Y entonces fue cuando vi asomar por la parte alta el ojival morro de la *Bella María.* Durante un segundo, pareció como si la astronave permaneciese suspendida en el espacio, luego, casi de súbito, tomó impulso y se lanzó hacia arriba, envuelta en espesas nubes de vapor, entre las que se veían algunos chorros de fuego, cada vez más pequeños.

Un tremendo fragor se extendió por la llanura. El ruido fue alejándose poco a poco, a medida que la *Bella María* ganaba altura.

Pronto dejé de ver la nave, aunque pude seguirla por la estela de vapor que dejaba en su cada vez más rauda trayectoria. Al fin la estela

desapareció también.

Agité una mano, como: si Stuyler pudiera verme.

— ¡Buen viaje, profesor! —murmuré, hondamente conmovido, y también enormemente orgulloso de haber sido el único espectador de la partida de la primera astronave terrestre dirigida a Marte.

Después de aquel día, pasaron quince años.

* * *

A principios de mil novecientos ochenta y seis, mi secretaria me anunció una visita.

—Estoy ocupado —rezongué.

—Lo siento señor; dice que se trata de algo muy importante.

—Emily, por favor, ya le he dicho que...

—Señor Crannan, se trata de un asunto relacionado con el profesor Stuyler —dijo mi secretaria.

Casi salté en mi asiento.

— ¡Stuyler! —dije.

—Sí, señor.

—Está bien, que pase en seguida, quienquiera que sea —exclamé, ardiendo de excitación.

Habían transcurrido quince años y casi había llegado a olvidar a Stuyler. Mi ídolo de los años de adolescencia era poco más que un vago recuerdo en mi mente, ocupada en la actualidad con negocios y proyectos de toda índole.

Durante un segundo, rememoré el día en que Stuyler se fue a Marte. Ya no se había vuelto a saber más del profesor. La opinión generalizada era de que había muerto.

La puerta de mi despacho se abrió. Una hermosa joven, de unos

veinticinco años, de esbelta silueta, pelo castaño y ojos grises, entró en el despacho. Yo me puse en pie para recibirla.

—Señor Crannan —dijo ella.

—Es un placer, señora —contesté.

—Señorita —puntualizó ella—. María Stuyler.

Me quedé con la boca abierta.

— ¡María... Stuyler! —repetí, estupefacto.

—En efecto —sonrió ella—. ¿Le asombra mi presencia aquí, señor Crannan?

Procuré recobrarme e hice un gesto con la mano.

—Siéntese, se lo ruego, señorita —indiqué un sillón.

María accedió graciosamente. Me miraba sonriendo y yo casi llegué a sentirme incómodo.

—Estoy segura de que mi visita es la última que habría esperado recibir hoy, señor Crannan —dijo—. ¿O prefiere que le llame doctor?

—En los últimos tiempos, mi tratamiento ya no es sino una cosa meramente honorífica —repuse—. Y, sí, su visita es, por lo menos, sorprendente, pero inmejorablemente recibida —añadí.

Ella hizo una gentil inclinación de cabeza.

—Gracias —contestó—. Señor Crannan, además de mi visita, le sorprenderá sin duda saber que conozco la estrecha amistad que unió en tiempos a un científico chiflado y a un joven estudiante de Ciencias.

—Quizá su padre le habló de mí —apunté.

—Sí, me hablaba bastante..., y también dejó algo escrito referente a usted. Por esa razón me he atrevido a venir a visitarle.

—En lo cual ha hecho usted muy bien —dije—. Señorita, usted no ignora que yo fui el único espectador de la partida de su padre para aquel desgraciado viaje a Marte, del que no volvió jamás.

—Lo sé también, señor Crannan, pero temo que en sus palabras

hay un significado inexacto. Que mi padre no haya vuelto de Marte, no significa que esté muerto. Por el contrario, poseo pruebas suficientes de que en la actualidad sigue con vida todavía.

CAPÍTULO III

Yo miré a María estupefacto.

Ella notó mi asombro y rompió a reír. Era una risa franca, alegre, cristalina, de agradable campanilleo.

—Me está tomando por loca —añadió.

Tosí un par de veces.

—Señorita Stuyler —dije, un tanto embarazado.

—Quiere pruebas, ¿no es cierto? —preguntó ella.

—Pero es imposible que viva allí al cabo de quince años —exclamé, empezando a reaccionar—. ¿Y por qué no regresó?

—Lo siento, pero eso es algo a lo que yo no puedo contestar, señor Crannan. Lo único que puedo decirle es que vive..., pero aquí no se lo puedo demostrar.

— ¿Ha enviado algún mensaje, señorita Stuyler?

—Por supuesto, y me comunico con él una vez a la semana. Pasado mañana me corresponde comunicar con mi padre.

Miré fijamente a María.

Era una hermosa joven, sana, de aspecto serio y ponderado y físicamente muy atractiva. No parecía ser una mujer alocada..., ¡pero era demasiado gordo lo que me decía!

Ella sonrió.

— ¿Le gustaría comprobarlo, señor Crannan? —preguntó.

—No me disgustaría en efecto —convine.

—En tal caso, venga a mi casa, pasado mañana, a las seis de la tarde. Cenaremos y luego hablaremos con mi padre. Perdón, hablar no es la expresión correcta; nos comunicaremos, mejor dicho.

—Muy bien, de acuerdo, señorita Stuyler. —Tomé un lápiz y me dispuse a escribir—. Su dirección, por favor.

Una singular sonrisa apareció en los labios de María.

—Usted ya la conoce —respondió.

—Ah, es el viejo rancho.

—Sí, señor Crannan.

Hice un gesto con la cabeza.

—Tengo muy buenos recuerdos de aquella propiedad —dije—. Por muchos años que pasen, nunca podré olvidar a su padre, señorita Stuyler.

—Gracias, señor Crannan. Tengo entendido que ser único espectador de su partida a Marte le costó a usted bastantes disgustos.

— ¡Uf! —contesté—. Imagínese, interrogatorios aquí y allá, el FBI, la CIA, un Servicio Secreto, otro más secreto todavía, otro supersecreto, periodistas, televisión.

María se echó a reír.

—Acabaría mareadísimo —dijo.

—Casi loco. Por fortuna ya pasó.

—Creo que también le interrogó la policía..., quiero decir, la

Brigada de Homicidios.

—Sí, por el asunto aquel de los compinches de Red Jarliss. Pero, ¿qué podía hacer yo? Demasiado les grité que no se acercaran. Ellos no me hicieron caso...

—Y el fuego de los chorros los abrasó.

—Instantáneamente, por fortuna para ellos.

María se puso en pie y me tendió una mano.

—Entonces, ¿hasta pasado mañana a las seis de la tarde?

—Seré puntual —prometí.

María se alejó. Yo me recliné en mi sillón y permanecí meditabundo durante unos minutos.

De repente, el pasado había vuelto a mí, por obra y gracia de aquella hermosa muchacha, hija del que, a pesar de la diferencia de edad, había sido mi mejor amigo.

Me sentí muy emocionado.

El profesor estaba vivo. ¿Cuántos años tendría ahora?

Alrededor de sesenta y cinco, teniendo en cuenta que hacía quince que se había marchado. ¡Quince años de soledad en Marte, quince años de vida de Robinson en un distante e inhóspito planeta!

Me estremecí. Debía de haber sido una vida horrible, luchando cada minuto del día marciano por sobrevivir.

Pero si era cierto que estaba vivo, ¿no habría posibilidad de rescatarlo?

La primera expedición a Marte empezaba a alistarse, después de un par de rotundos fracasos, tanto americanos como rusos. No obstante, pasaría año y medio por lo menos, antes de que la nave estuviese lista para zarpar.

¿Resistiría el profesor? Pero, además, ¿en qué región marciana se encontraba?

Era inútil continuar haciendo especulaciones, me dije. Lo único que cabía era esperar dos días.

Me incliné hacia adelante y toqué el conmutador del interfono.

—Emily, cancele todos mis compromisos para pasado mañana —ordené—. Estaré fuera a partir de la una del mediodía.

—Bien, señor Crannan.

* * *

Una honda emoción me invadió al contemplar de nuevo el paisaje tan conocido, pero olvidado durante años. Había ido unas cuantas veces al rancho del profesor después de su partida, pero luego mis estudios me habían absorbido por completo y ya no había vuelto allí nunca más.

Hacía catorce años que no ponía los pies en la propiedad del profesor Stuyler. Ciertamente, las tierras seguían improductivas en lo que al ganado se refería. Vi, sin embargo, algunos frutales, manzanos principalmente, y bastantes árboles cerca del arroyo que regaba la propiedad. Esto era todo.

Ah, y la casa, que parecía nueva o, por lo menos, reconstruida y reparada en su totalidad, con su flamante capa de pintura blanca, que le confería un aspecto muy agradable, entre los frondosos robles que la rodeaban casi por completo.

María salió a la veranda al verme y agitó una mano en señal de saludo. Yo la encontré hechicera con su blusa a rayas multicolores y unos pantalones muy cortos, que permitían contemplar la perfección de unas piernas largas y magníficamente torneadas.

— ¿Cómo está, señor Crannan? —me saludó ella afablemente, cuando yo hube, saltado del coche—. ¿Quiere entrar y lavarse un poco?

—Gracias, no es necesario —contesté, mirándola embobado.

María lo advirtió y se ruborizó ligeramente.

—Me imagino que todo esto debe de resultarle familiar, ¿no es así, señor Crannan?

—Figúrese —contesté—. Pero está completamente cambiado.

—Bueno, ya hace cinco o seis años que vivimos aquí. La propiedad no cambió de manos y un día decidimos venir y reacondicionarla. Ha quedado bien, ¿no es cierto?

—Estupendo todo, señorita Stuyler. Pero ha hablado en plural…

—Oh, es que vivo con tía Fanny, la viuda de mi tío Brett Ardmore. Tía Fanny es hermana de mi padre.

—Ahora lo entiendo —dije—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señorita?

—Sí, desde luego —accedió ella.

—Usted sostiene que su padre está vivo. ¿Piensa hacer algo para rescatarlo?

Una extraña sonrisa apareció en los rojos labios de María.

—Venga conmigo, señor Crannan —dijo.

En la esquina de la casa había un coche eléctrico todo terreno, en el que tomamos asiento. María dio el contacto y manejó la palanca de dirección, encaminando el vehículo hacia la ladera rocosa, situada a unos mil quinientos metros del edificio.

Al ver lo que hacía ella, empecé a sentir un vago presentimiento, pero no quise decir nada. Temía equivocarme y, sin embargo, estaba seguro de acertar.

María paró el coche en un sitio que yo sólo había visto una vez, pero que no olvidaría por muchos años que pasaran. Saltó del vehículo y manejó el control de apertura de la puerta que simulaba un trozo de roca.

El túnel quedó por segunda vez ante mis ojos. Ella encendió las luces y echó a andar resueltamente bajo sus bóvedas rocosas. Yo la seguí sin vacilar.

Luego me pareció haber vuelto de golpe quince años atrás.

Durante largo rato, guardé silencio. Una segunda *Bella María* alzaba su metálica estructura a ciento cincuenta metros de altura, brillante, pulida, poderosa, pero esbelta en su enorme mole; una exacta reproducción de la astronave que quince años atrás había

realizado el primer viaje a Marte con un solo hombre como único tripulante.

— ¿Y bien? —María rompió el silencio, a la vez que sonreía satisfecha y orgullosa—. ¿No tiene nada que decirme, señor Crannan?

—Lo que ye tengo que decirle, señorita Stuyler, se resume en muy pocas palabras: me siento abrumado…, y la curiosidad me devora.

María lanzó una alegre carcajada.

—Satisfaré su curiosidad durante la cena —prometió—. Regresemos, señor Crannan; a mi tía no le gusta que se enfríen los platos que ella cocina tan exquisitamente.

—Entonces, no hagamos esperar a tía Fanny —exclamé con jovial acento, extrañamente alegre y no sólo por haber descubierto al fin el medio que se iba a emplear para el rescate del profesor.

* * *

— ¿No le dijo a usted nada mi padre acerca del cajón con libros que había en el sótano de la casa? —me preguntó María mientras tomábamos la ensalada.

—Tengo un vago recuerdo de que me gritó algo, pero ya estaba muy alto en el ascensor y no le entendí bien —respondí—. ¿Por qué dice eso, María?

—En ese cajón estaban contenidos todos los datos de sus trabajos y experiencias. También un puntual diario de cuanto hacía, referente a la construcción de su nave.

—Ah, ya entiendo. Y usted lo aprovechó…

—Justamente, señor Crannan. El contenido de ese cajón me sirvió para la construcción de la segunda astronave. Fue como comprar uno de esos juegos infantiles, en que todo viene ya en piezas, con las instrucciones precisas para el montaje de aviones, trenes, barcos, máquinas. Así de sencillo, señor Crannan.

—Pero no barato —alegué.

—Las patentes de mi padre seguían dando dinero. Ese, por fortuna, no resultó problema para mí.

—Es decir, que construyó la nave usted sola.

—Encargando las piezas precisas, en su mayor parte, a las factorías que ya habían construido otras idénticas hace quince años.

—Y usted ensambló todo...

—Allí, bajo la montaña, tiene usted el resultado.

—Un momento, María. ¿Me permite que la llame María?

Ella sonrió.

—Se lo agradeceré, Donald —accedió.

—Mi nombre es Donald, en efecto, aunque la mayoría de la gente me llama Johnny, sobre todo su padre —dije.

—Bien, Johnny, yo también le llamaré así. ¿Qué me iba a preguntar?

—Es algo referente al tiempo, María. Usted tiene ahora, si mis cálculos no son equivocados, veinticinco años.

—Justamente —corroboró ella.

—Su padre tardó casi quince años en construir la nave. No me diga que usted empezó a construirla a poco de haberse marchado él.

De nuevo volvió a reír María con aquella risa que me hechizaba escuchar.

—Por supuesto, Johnny. Empecé hace seis años, recién cumplidos los diecinueve. Además, tuve que alternar mis trabajos con los estudios. Tengo el título de ingeniero.

— ¿Y no tiene el título de Miss Mundo?

Ella se ruborizó intensamente.

—Sea formal, Johnny. Se puede ser bonita y tener cierta inteligencia, ¿no le parece?

—Por supuesto, y no quise ofenderla —manifesté—. De modo que empezó hace seis años.

—Sí, pero ha de tener en cuenta que mi tarea fue mucho más fácil que la de mi padre, por muy distintos motivos. Primero, el pozo estaba ya excavado.

—Con lo que sólo necesitó montar la grúa y el ascensor.

—Me los montó la misma compañía que se lo hizo a mi padre. Naturalmente, eso ahorró mucho tiempo, Johnny. Además, como ya he dicho, estaba todo tan bien detallado..., que era como seguir las instrucciones de un juego infantil de construcciones.

—Sí, desde luego, María. Continúe, por favor.

En aquel momento llegó tía Fanny con un fabuloso asado de pavo y decidimos que lo mejor era hacer honor a las habilidades culinarias de la señora Ardmore.

CAPÍTULO IV

Después de cenar, tía Fanny, que resultó ser muy simpática y agradable, nos sirvió café y licores. Entonces, María y yo continuamos la conversación.

—Veamos —dije—, estábamos hablando de que su tarea resultó muy fácil por distintos motivos, algunos de los cuales ya conozco yo.

—En efecto, Johnny —confirmó ella—. Fácil, dentro de las dificultades que entraña una tarea semejante, y porque las instrucciones que dejó mi padre, me han permitido acabar la nave en seis años, en lugar de los quince que empleó él.

—Es natural. Construir un prototipo de máquina siempre cuesta más que los siguientes ejemplares. Siga, María, por favor.

—Bien, otro de los factores que me ayudaron en la construcción de la astronave fueron los materiales, sobre todo, el ferroplástico.

María calló un instante, mientras me miraba de forma intencionada.

—El ferroplástico —repetí.

—Sí, Johnny, esa aleación de hierro y plástico, dura y ligera como ningún otro material. Claro que el nombre de aleación no es correcto, pero tampoco importa demasiado. ¿Cómo lo consiguió, Johnny?

Hice un poco el remolón. El ferroplástico era una invención mía y su uso se extendía como una plaga bíblica, sólo que produciendo beneficios incalculables, en lugar de catástrofes.

—Bueno, se me ocurrió probar varias aleaciones de hierro en estado molecular y unirlo a las cadenas de moléculas de poliestireno. En pocas palabras, es así, más o menos, aunque el procedimiento fisicoquímico sea mucho más largo y complicado.

—Comprendo. Tiene todas las ventajas del metal respecto a dureza, tensión y flexibilidad, la ligereza del plástico, en cuanto a peso, y suprime una de las peores cualidades de esta última materia, como es la combustibilidad.

—Exactamente.

—Bien, entonces le diré que la nave está construida de ferroplástico, lo que ahorra en peso nada menos que un sesenta por ciento.

Lancé un silbido.

—No es poco —dije—. Eso permite aumentar la carga útil.

—Y montar tanques de combustible mucho mayores. Mi padre lo

previo todo; previo que algún día se encontraría una aleación superligera y, en efecto, así ha sucedido.

—El profesor fue siempre un hombre de vista muy larga —dije de buen humor.

—Además, los tubos de eyección de gases están revestidos interiormente con hyperceram, la nueva cerámica capaz de soportar temperaturas de horno solar, patente Crannan, como el ferroplástico.

—María, conseguirá que me ponga colorado —exclamé.

—El ferroplástico y el hyperceram son dos elementos fundamentales en la construcción de mi nave. Por eso fui a buscarle, cuando la tuve terminada —explicó ella.

—Entiendo. —De pronto me sobresalté—. Eso significa que la astronave está lista para zarpar, María.

—Faltan algunos detalles sin importancia, más que nada, en lo referente a aprovisionamiento de víveres. Pero, en efecto; se podría zarpar ahora misino.

— ¿Irá usted sola al rescate de su padre? —pregunté.

María no tuvo tiempo de contestar. Alguien llamó a la puerta.

Tía Fanny gritó desde la cocina que no podía acudir. María se puso en pie, cruzó la sala y abrió.

— ¿Es usted María Stuyler? —preguntó el hombre que, acompañado de otros dos, había aparecido en el umbral.

—Sí, yo misma —confirmó la joven.

—Mi nombre es Jarliss, Jed Jarliss —dijo el recién llegado.

* * *

María arqueó las cejas al oír aquel nombre. En cuanto a mí, los recuerdos acudieron a mi mente en tumultuoso tropel,

Jarliss, el pandillero condenado por asesinato quince años

atrás… Volví a ver el automóvil que entraba en el túnel, para ser devorado instantes después por el fuego.

— ¿Podemos pasar? —preguntó Jarliss, evidentemente, hermano del condenado, a juzgar por su edad.

—Desde luego —accedió María—. Permítame que les presente al doctor Crannan. Johnny, el señor Jarliss.

— ¿Cómo está? —saludé.

—Bien —dijo el tipo, cuyo aspecto me desagradó de inmediato —. Estos son Tom Prouck y Benny Altino, dos buenos amigos.

Dos guardaespaldas, califiqué mentalmente. María les preguntó si querían beber algo, oferta que fue rechazada con moderado desdén.

—No hemos venido a beber, sino a hablar de negocios— manifestó Jarliss.

— ¿Negocios? —repitió ella—. Temo que se han equivocado…

Jarliss se mantuvo impasible. Metió la mano en el bolsillo y sacó un papel que lanzó sobre la mesa.

— ¿Cuánto tardarán en desalojar la propiedad? —preguntó.

María se sulfuró.

—Señor Jarliss, la pregunta es, por lo menos, impertinente —dijo—. No pienso desalojar esta propiedad ahora ni nunca —declaró tajantemente.

—Se equivoca, guapa —contestó el sujeto con helado acento—. Le concedo cuarenta y ocho horas para que se vayan todos de aquí. Ahí, en esos documentos, dice que usted me ha vendido esta propiedad por cincuenta mil dólares. No es cierto, particularmente hablando, pero de un modo oficial, así constará. ¿Lo ha entendido, preciosa?

A mí también empezó a sacarme de quicio aquella fanfarronería. Me puse en pie y di un par de pasos hacia los visitantes.

—Señor Jarliss —dije—, creo que la señorita Stuyler ha hablado lo suficientemente claro para que no haya lugar a dudas sobre su respuesta. De modo que márchense o llamaremos a la policía.

Jarliss me miró de muy mala manera.

— ¿Cuál es su relación con la chica? —preguntó.

—Amistad —repuse lacónicamente.

—Ah, creía… Bueno, da lo mismo. Ella ya está advertida, de modo que habrá de atenerse a las consecuencias si no hace lo que le digo.

— ¿Qué consecuencias, Jarliss?

—Imagíneselas, Crannan.

Hubo un momento de silencio. Miré a María y la vi muy pálida.

— ¿Jarliss, tiene algo que ver esto con lo que pasó hace años entre el profesor y su hermano? —pregunté.

—Sí, tiene bastante que ver —respondió el sujeto.

—Pero yo no quiero irme de aquí —protestó María.

—Se irá —dijo Jarliss tozudamente.

— ¿La echará usted? —inquirí yo.

—De un modo o de otro —contestó el sujeto abruptamente.

—Suponiendo que yo se lo permita —dije.

Hubo un momento de silencio. Luego, Jarliss emitió una risa baja, de tonos siniestros, pero que a mí me pareció muy ensayada para asustar a la gente.

—Chicos —dijo, hablando con la comisura de los labios—, creo que este pajarraco necesita una lección.

—Sí, jefe —contestaron los dos gorilas al unísono.

Altino sacó una corta cachiporra y avanzó hacia mí. Era un sujeto menudo, moreno, de mirada perversa.

Yo permanecí quieto. Altino levantó la mano y se dispuso a golpearme.

Entonces, alargué la mano derecha, le pegué una terrible

sacudida en la muñeca y, con la izquierda, le quité la porra, a la vez que le hundía la rodilla en el bajo vientre.

Altino se curvó sobre sí mismo, lanzando un gemido de agonía. Los otros dos se quedaron estupefactos un momento.

La porra voló por los aires con tremendo ímpetu y alcanzó de lleno a Jarliss en medio de la cara, tirándole de espaldas sin sentido instantáneamente. Prouck estaba atónito.

Pero no tardó en reaccionar. Saltó hacia mí, sólo para encontrarse con mi pie derecho en el camino de su estómago.

Se oyó un rugido de dolor. Mi puño derecho se disparó como una catapulta y Prouck se elevó cinco centímetros en el suelo antes de caer redondo.

¿Se me había olvidado decir que mido uno noventa de estatura, peso ochenta y ocho kilos y acudo tres veces por semana a un gimnasio, para no enmohecer mis músculos?

Pues ya está dicho y ello explica mi reacción, que encantó y maravilló a María.

Aunque no a sus tres visitantes, claro. Altino empezaba a recobrarse y yo le sacudí un mamporro que lo envió a reunirse con los otros, en el país de los sueños.

Luego, prevenido, los registré y obtuve un arsenal de armas de fuego y también un par de navajas automáticas. Al terminar, pedí a María que abriese la puerta.

—Con mucho gusto, Johnny —accedió ella amablemente.

Instantes después, los tres pillos estaban en su coche. Esperé a que reaccionasen y entonces miré a Jarliss.

—Lárguense —dije—. No vuelvan más por aquí o les pasará lo mismo que al difunto Bill Crook. ¿Lo recuerda usted?

Jarliss se puso pálido, pero no mostró pavor, sino odio y furia. Lanzó un gruñido y Prouck, que se había recobrado ya, puso en marcha el automóvil.

Instantes después, María y yo nos quedábamos solos. Tía Fanny acudió al poco.

—He oído ruidos —dijo.

María recogió una silla volcada.

—Han sido unos amigos de Johnny —mintió, con mi aprobación —. No tiene importancia, tía.

La mujer se alejó. María se sentía muy aprensiva.

—No entiendo, Johnny —manifestó—. ¿Para qué quieren la propiedad?

Me encogí de hombros.

—Me pasa lo mismo que a usted —respondí—. Pero no toleraré que la echen de aquí, ¿comprende?

—Por mí no me importa, Johnny; yo voy a estar ausente una temporada. Pero mi tía...

—Mándela fuera, María. No teniendo que cuidarla a usted, a ella lo mismo le dará estar aquí que en otro sitio. Por supuesto, aprueba su viaje a Marte.

—Lo único que lamenta es no tener veinte años menos —dijo la joven riendo.

—Una mujer emprendedora, indudablemente —comenté. Luego, preocupado, añadí—: Pero no entiendo para qué quiere Jarliss su propiedad, María.

Ella se encogió de hombros.

—Tampoco yo lo entiendo, aunque no me importa demasiado — respondió—. Voy a estar ausente una larga temporada y Jarliss y los suyos no parecen de la clase de tipos amantes de la vida campestre. Estarán aquí algún tiempo y luego se irán. Ya no los encontraré cuando regrese de Marte, Johnny.

—María, ¿está segura de que regresará? —pregunté.

Ella demoró la respuesta unos segundos. De pronto, se fijó en el reloj de pared de la sala y lanzó una exclamación:

—Johnny, démonos prisa o se nos pasará la hora de la comunicación con papá.

CAPÍTULO V

Salimos de la casa y montamos en el todo terreno de María. Ella puso en marcha el vehículo y lo guió hacia un distante sendero que, como pude apreciar poco después, serpenteaba por las laderas en dirección a la cumbre de una montaña de relativa elevación.

Los faros del vehículo proporcionaban luz suficiente para ver sin temor a despistes. Mientras rodábamos hacia las alturas, María explicó:

—Mi padre fue siempre un hombre muy previsor. Confiaba en regresar, pero no se le ocultaban las dificultades que encontraría para conseguir su objetivo. Yo siempre le di por perdido, claro, como usted sabe, Johnny; todo el mundo comentó que era un genio de la ciencia, pero loco de remate.

—Estaba muy enojado con los organismos oficiales —sonreí.

—Sí, es cierto —admitió ella—. Bien, cuando empecé a revisar el contenido del cajón, hallé una libreta de instrucciones con un tema particular: «Comunicaciones con Marte»...

—Y en esa libreta se explicaba el modo de construir un aparato que sirviera para comunicarse con él.

—En efecto. Funciona a base de rayos láser, como puede comprobar. Me bastó seguir sus instrucciones y un buen día, instalé el

transmisor en el punto también especificado en la libreta de instrucciones.

«Empecé a transmitir. Pasaron semanas enteras y ya desesperaba de obtener respuesta, cuando un buen día capté una señal en la pantalla amplificadora. Imagínese mi emoción, Johnny; mi padre, contra la creencia general, seguía vivo, después de nueve años de aislamiento absoluto en Marte.

—O sea que usted hizo su primera transmisión hace seis años.

—Sí. No sabía si construir la nave o no, pero al tener la certidumbre de que mi padre vivía, inicié los trabajos sin pérdida de tiempo.

—Comprendo. El transmisor debe ser muy potente para emitir y recibir señales a cientos de millones de kilómetros —dije.

—Su eficacia estriba en la pantalla amplificadora de señales, que reduce las pérdidas por la transmisión a tanta distancia. No olvidemos que esta noche, por ejemplo, Marte se encuentra a unos ciento cincuenta millones de kilómetros.

Hice un rápido cálculo.

—Puesto que las señas, a base de láser, serán luminosas, imagino que tardarán unos siete minutos en llegar de la fuente de emisión al receptor.

—En efecto, Johnny.

—Bien, pero, ¿cómo orienta usted su transmisor? Porque el láser suprime prácticamente la dispersión de los rayos luminosos y, por lo tanto, el objetivo receptor debe estar encarado muy directamente al objetivo.

—Eso ya lo sé, Johnny. Sin embargo, debe tener en cuenta que la falta de dispersión de rayos luminosos no es absoluta en un proyector a base de láser. Sin embargo, le diré que dispongo de un telescopio orientador, conectado al transmisor-receptor. Conociendo, pues, el lugar donde está mi padre…

—Ah, pero, ¿sabe exactamente la región marciana en que se encuentra? —exclamé.

—Sí —respondió María—. Está en una zona situada al norte del

ecuador marciano, entre la Gran Syrte y Libia. Usted no ignora que muchos de los nombres de la geografía marciana son duplicado de regiones terrestres o bien procedentes de la mitología antigua.

—Eso es cierto —admití—. Así que al norte del ecuador...

—Concretamente, a doscientos ochenta y nueve grados de latitud Este y a nueve y algunos segundos de longitud Norte. Puesto que el telescopio orientador tiene la potencia suficiente para captar Marte aún en los momentos de máximo alejamiento orbital de la Tierra, el resto ya es fácil.

«El resto es fácil», decía ella con toda naturalidad, mientras yo me sentía cada vez más pasmado.

Un hombre, perdido durante quince años en Marte, dado por muerto..., y ahora aparecía súbitamente, surgiendo de las profundidades del espacio como un nuevo Robinson Crusoe de la era interplanetaria.

Resultaba fantástico, increíble, anonadante..., pero cierto.

* * *

El observatorio se hallaba en la cúspide de la montaña, bajo la protección de una caseta de recias paredes de madera, situada sobre carriles, lo que permitía deslizarse a un lado, dejando así los aparatos al descubierto.

María actuó con rapidez y precisión, hijas de la larga práctica. Maniobró primero en el telescopio que, según me explicó, estaba dotado de un motorcito eléctrico, que le permitía seguir continuamente los desplazamientos orbitales de Marte, a fin de tenerlo siempre enfilado con toda exactitud, y luego se acercó al transmisor.

Todo el conjunto estaba conectado al telescopio, de modo que éste era guía de aparatos e instrumentos. Una vez hubo efectuado María la observación pertinente, se acercó a un pequeño cuadro de mandos y transmitió unos cuantos golpecitos a un pulsador.

— ¿Entiende usted el Morse, Johnny? —me preguntó

—Sí, claro —repuse…

—Tratándose de comunicaciones luminosas, el Morse es el procedimiento más adecuado —calificó María—. Por supuesto, cada mensaje que recibo queda grabado, para ulteriores comprobaciones, lo que excluye toda posibilidad de error.

La llamada fue enviada a Marte.

—Ahora pasarán unos catorce minutos y algunos segundos —dijo ella.

Para mí, fue el cuarto de hora más largo de mi vida. Sentíame lleno de emoción al saber que iba a ver llegar un mensaje de un náufrago espacial, perdido desde hacía quince años a ciento treinta millones de kilómetros de la Tierra.

Yo tenía los ojos fijos en la pantalla que expresaría visualmente las imágenes captadas por el receptor, amplificándolas hasta hacerlas fácilmente visibles. De pronto, María dijo:

—Faltan diez o doce segundos, Johnny.

Mis nervios estaban tirantes como cuerdas de violín. De súbito, vi aparecer un punto luminoso, de vivo color amarillo.

Después, brilló una raya, punto, raya, punto, raya… Bueno, no exactamente por este orden, pero es lo mismo.

Para no cansar al lector, traduciré la conversación al lenguaje común y corriente.

El primer mensaje del profesor decía:

—Hola, hija, ¿cómo estás? Mi salud es excelente. ¿Qué tal marcha la astronave? ¿Vendrás pronto?

—Me siento encantada de saber que estás bien, papá —respondió María—. La astronave está a punto; sólo me faltan algunos pequeños detalles. Partiré dentro de dos o tres días.

— ¿Por qué tan pronto? Resultaría un tanto precipitado; las distancias no son aún favorables, María.

—Lo siento, papá; no es éste el momento de andar en explicaciones. De todas formas, te haré saber el momento exacto de mi partida.

—Muy bien, como quieras. Tengo confianza en ti. Por aquí todo marcha estupendamente. ¿Alguna novedad en la Tierra, María?

—Sí, papá. Tengo a mi lado a un antiguo amigo tuyo. ¿Te acuerdas de Johnny Crannan? Fui a verle hace dos días y le he hecho partícipe de mi secreto. Imagino que no te enfadarás por ello.

—El bueno de Johnny Crannan —contestó Stuyler—. Claro que no me enfado, muchacha. Pero, ¿por qué se lo has dicho? ¿Puedo saberlo?

—Papá, yo conocía vuestra amistad. Cuando tuve lista la astronave, me pareció conveniente darle la buena noticia de que aún estabas vivo. Por eso lo invité a venir a casa. Ahora está aquí, a mi lado, en el observatorio y me encarga te transmita sus saludos.

—Pero eso es estupendo, muchacha. Oye, se me ocurre una idea. ¿Por qué no le invitas a venir a Marte contigo?

Yo había leído las frases del profesor en la pantalla. Confieso que aquella proposición me dejó helado.

María se volvió hacia mí. En la noche estrellada, sus ojos buscaron en los míos la respuesta a las palabras de su padre.

Callé durante unos momentos. Ir a Marte, viajar millones de kilómetros a través del espacio, correr la más fantástica aventura de todos los tiempos..., y ello en compañía de una mujer de singular hermosura, pero más todavía que bella, audaz, valerosa e inteligente.

Dejaría muchas cosas atrás en la Tierra, pero valía la pena. Una oportunidad semejante sólo se le presenta a un hombre una vez en la vida..., y no son muchos los afortunados en poder disponer de tal oportunidad.

—Sí, María —accedí al cabo—. Dígale al profesor que iré a Marte con usted. Dígale que por nada del mundo dejaría de hacer este viaje. Dígale, por último, que nada ni nadie me impedirá ir a Marte.

Los ojos de María emitieron un brillo de alegría.

—Johnny —dijo dulcemente—, ¿comprende ahora por qué fui a verle a su despacho?

Sonreí y no de mala gana precisamente.

—Eres bella, valerosa, inteligente..., y astuta —califiqué.

Ella lanzó una alegre carcajada. Luego, volviéndose hacia el transmisor, tecleó la respuesta:

—Papá, Johnny y yo viajaremos juntos a tu rescate.

* * *

Estaba a punto de amanecer cuando entramos en la casa. María se dirigió directamente a la cocina, a fin de preparar café. Había llevado un termo a la montaña, pero lo habíamos agotado durante las largas horas que habíamos permanecido en la cumbre, pues es preciso no olvidar que, entre cada pregunta y su respuesta, transcurrían unos quince minutos.

Cuando María trajo el café, yo le dije:

—Hay una cosa que no he logrado comprender todavía.

— ¿Qué es, Johnny? —preguntó ella.

—Tu padre lleva quince años en Marte. Desde hace seis, más o menos, tú te comunicas regularmente con él.

—Es cierto, Johnny.

—Bien, María. Ahora dime, en seis años, ¿no ha tenido ocasión tu padre de explicarte por qué se quedó allí? ¿No te ha dicho cuál es la avería que le ha impedido regresar a la Tierra?

—No —contestó ella—. Por extraño que te parezca, nunca me lo ha dicho, y cuidado que se lo he preguntado en ocasiones. Siempre ha respondido que lo sabría cuando llegase allí y, al final, he tenido que resignarme a esperar.

—Es curioso —comenté—. Bueno, tendremos paciencia hasta nuestra llegada a Marte. ¿Has fijado ya la hora de partida?

—Sí, Johnny. Pasado mañana, a las doce en punto de la noche.

Me puse en pie de un salto.

—Tengo que preparar muchas cosas —manifesté—. Pagar algunas cuentas atrasadas, comprar ropa… ¿Qué equipo te parece que lleve a Marte, María?

Ella sonrió indefiniblemente.

—Aguarda un momento —dijo.

Abandonó la sala y volvió a los pocos momentos con un sobre en las manos.

—Aquí tienes la lista de tu equipo, Johnny —indicó.

Yo la miré asombrado.

— ¿Cómo? ¿Sabías que iría a Marte contigo?

—Confieso que yo tenía mis dudas —respondió ella—. Quien no las tuvo nunca, fue mi padre, que dejó esta lista en aquel cajón con los documentos e instrucciones. Después, con la experiencia que él tiene ya allí, ha rectificado algunas cosas, pero todo lo que debes llevar, está contenido en el sobre:

—Un hombre extraordinario —dije, atónito—. El profesor sabía ya que yo iría un día a Marte.

—Así es, Johnny, lo que demuestra que él te conocía muy bien, pero te comprendía aún mejor.

—En resumen, que ha sido una trampa que me habéis tendido los dos.

Una simpática sonrisa apareció en los labios de María.

— ¿Lo lamentas, Johnny? —preguntó.

—Creo que no —respondí—. En cierto modo, es la culminación de los deseos que sentí hace quince años, cuando vi despegar a la *Bella María.* ¡Cómo me hubiera gustado irme entonces con tu padre!

—Ahora podrás hacerlo realidad, aunque con la hija. —Que tampoco es mala compañía.

María se puso colorada.

—No lo olvides —insistió—. Pasado mañana, a las doce en punto de la noche.

—Aquí estaré, María —prometí solemnemente.

CAPÍTULO VI

La verdad es que no había mucho tiempo que perder, así que aquella misma mañana estaba haciendo compras en Denver, situada a menos de sesenta kilómetros del rancho de María. En mi oficina dije que estaría ausente una temporada, aunque no especifiqué los motivos, como se puede comprender fácilmente.

Por supuesto, tenía un segundo de a bordo que llevaría los negocios en mi ausencia sin la menor dificultad. No obstante, era indispensable realizar algunos trámites antes de mi marcha y ello me devolvió a mi despacho al día siguiente, poco antes del mediodía.

Entonces, mi ayudante me dio la gran noticia.

—Señor Crannan, ¿por qué le han embargado todas sus cuentas bancarias? —me preguntó.

Yo me quedé estupefacto.

—No tengo la menor idea de lo que está pasando, Martin —contesté—. ¿Quién me ha embargado mis cuentas bancarias?

—Bloqueado sería una palabra más correctamente empleada, señor Crannan —puntualizó Martin Cryler, mi ayudante—. Todas las compras que usted hizo ayer están impagadas; los cheques han sido

rechazados por el Banco.

— ¡Demonio! Pero si yo no debo un solo centavo a...

El zumbido del interfono me interrumpió en el acto.

—Diga, Emily —mascullé malhumoradamente.

—Perdón, señor Crannan —dijo la secretaria—. Están aquí los señores Sharndoe y Jarliss. Dicen que quieren verle y que es muy urgente.

El nombre de Jarliss me puso en tensión. Agité una mano y dije:

—Está bien, hágales pasar, Emily. Martin —añadí—, luego discutiremos este asunto.

—Como usted ordene, señor Crannan.

Mi ayudante salió, cruzándose con los visitantes. Sonreí al ver una cruz de esparadrapo en la sien izquierda de Jarliss.

Sharndoe era un sujeto delgado, vestido con ropas oscuras, con todo el aspecto de un leguleyo tramposo y embrollón. Bajo el brazo izquierdo llevaba un portafolios de piel negra.

—Es un placer conocerle, señor Crannan —dijo Sharndoe—. Al señor Jarliss ya lo conoce usted, tengo entendido.

—Desgraciadamente —contesté con sequedad—. Pero no es cosa de la que uno pueda ufanarse; no resulta agradable conocer a un rufián de baja estofa.

Jarliss dio un paso hacia mí, pero Sharndoe le contuvo con un gesto de la mano.

—Señor Crannan, tengo malas noticias para usted —anunció.

— ¿De veras? —dije burlonamente—. Puede que la noticia que yo les guardo sea aún peor, para ustedes, claro.

Sharndoe pareció preocuparse al oír mi respuesta. No obstante, prosiguió:

—Se trata de una demanda judicial que el señor Jarliss ha presentado contra sus bienes. Los motivos son impago de ciertas deudas que usted ha contraído con él y cuyos justificantes han sido

presentados al juez, quien, a la vista de las pruebas presentadas, ha decretado el embargo provisional de todos sus bienes y el bloqueo de sus cuentas bancarias.

— ¿Cómo? ¿Qué yo debo algo a este...?

Un oscuro instinto hizo que me refrenase. Se trataba de una conspiración, indudablemente. Pruebas amañadas por falsificadores y abogados sin escrúpulos, como el que tenía delante.

Demostraría que todo era una falsedad, por supuesto, pero mientras lo conseguía, yo sufriría perjuicios sin cuento.

— ¿Por qué lo hace, Jarliss? —pregunté directamente.

El tipo se echó aliento en las uñas de la mano, luego se las frotó eh las solapas de su traje y, finalmente, se las contempló con aire satisfecho.

—Es un pequeño chantaje —dijo, sin el menor rubor.

— ¿Chantaje? —repetí.

—En efecto. Usted, he tenido ocasión de comprobarlo, es muy amigo de María Stuyler.

—Lo admito.

—Bien, necesitamos su casa. Hoy mismo la queremos libre. He hablado con ella por teléfono y se ha negado a complacernos. Dada la gran amistad que le une a la señorita Stuyler, espero que sabrá persuadirla para que abandone su propiedad, después de haber firmado los documentos que le dejamos anteanoche. Cuando lo haya conseguido, retiraré la demanda.

—Entiendo —dije sonriendo—. ¿Sólo es eso lo que buscan?

—Nada más, señor Crannan —respondió Jarliss.

—Muy bien —accedí—. Esta misma noche, a las doce en punto, la casa estará desalojada.

—Lo siento. Tiene que ser esta misma tarde...

—Las doce de la noche o no habrá arreglo —dije con firmeza.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Ya he dicho mi última palabra —manifestó Jarliss—. Vámonos, Sharndoe.

El abogado se dirigió hacia la puerta, pero yo le llamé la atención antes de que la abriese.

—Aguarde un momento, Sharndoe —dije.

Salí de detrás de la mesa y me acerqué a él. Sharndoe me miró con aprensión.

Jarliss metió la mano derecha en su chaqueta. Entonces, sin previo aviso, levanté el brazo, lo hice girar horizontalmente y le golpeé con todas mis fuerzas en el cuello.

Jarliss emitió un ronco sonido y empezó a dar pasos por la habitación, aturdido por el dolor. Sharndoe quiso pedir gracia, pero derribarlo de un seco derechazo al mentón me resultó fácil.

Luego me acerqué a Jarliss, quien hacía ímprobos esfuerzos por recuperarse. Primero le di un golpe en la nariz, que le hizo exhalar un aullido de dolor. Luego le golpeé a placer en la mandíbula.

Mi despacho era grande, lujoso, aunque decorado con gusto, Y uno de los elementos de la decoración era la chimenea, que yo encendía en el invierno, no porque la calefacción funcionase deficientemente, sino porque me gustaba ver las llamas producidas por unos cuantos troncos al arder.

Estábamos a mediados de mayo y no hacía frío, por tanto. Cuando Sharndoe despertó, le enseñé las llamas en que se quemaban todos los papelotes que llevaba en su cartera.

El picapleitos se puso lívido. Jarliss se levantó en aquel momento y yo le enseñé la pistola que le había quitado.

—Es la segunda que pierde en menos de cuarenta y ocho horas —dije sonriendo—. A este paso, va a consumir todo su presupuesto en reponer el armamento.

— ¡Ha quemado todos los documentos! —gimió Sharndoe.

Jarliss se puso rojo de ira.

—Hay otros medios para conseguir lo que queremos —dijo hoscamente—. Vámonos ya.

Esta vez les dejé ir sin más obstáculos. Martin entró momentos después.

—Malos bichos, señor Crannan —calificó.

—Sí, pero ya puede ir pidiendo al juez la anulación de su dictamen sobre mis bienes y cuentas bancarias. No hay motivo para ello, Martin.

— ¿Han renunciado a la demanda? —preguntó mi ayudante, asombrado.

—Ha sido una conversación amistosa y les he persuadido de que estaban en un error —contesté sonriendo.

—Me pareció haber oído ruidos...

—Nada de importancia, Martin. Sigamos, por favor.

—Sí, señor Crannan. A propósito, y ya que ha estado aquí un tal Jarliss, ¿ha oído la noticia?

—No. ¿Qué pasa, Martin?

—Su hermano, Red. Se ha fugado de presidio.

Me quedé con la boca abierta.

— ¿Cómo? ¿Red Jarliss se ha largado?

—Sí. Usted recordará que lo indultaron de la pena de muerte, conmutándola por la de cadena perpetua. Bueno, creo que lo consiguió la noche pasada. Por supuesto, ya lo había intentado otras veces, aunque siempre fracasó. Pero en esta ocasión, lo ha conseguido. De todas formas, la policía le anda pisando los talones.

Dejé de oír por unos momentos la voluble charla de mi ayudante. ¿Tenía alguna relación la visita de Jarliss con la fuga de su hermano?

Pero como yo estaba metido de lleno en otro asunto de muchísimo más interés para mí, pronto me olvidé del nombre de Jarliss y me apliqué a tomar las últimas disposiciones para que todo marchase bien durante mi ausencia.

La cual, como es lógico, tendría una duración imposible de prever en aquellos momentos.

* * *

Poco después de mediodía, terminé de despachar con Martin. Me despedí de él y de Emily, asegurándoles que volvería pronto —¡valiente mentira!— y me dirigí al ascensor.

Ya tenía todo preparado. En mi coche, había cargado las compras de ropa y equipo que figuraban en la lista, prendas de abrigo, principalmente. El resto de lo que yo podía necesitar se hallaba ya en la astronave.

El coche estaba en mi residencia. Como las compras abultaban un poco, había preferido desplazarme en taxi hasta el despacho. Mi alojamiento se hallaba en un barrio residencial, fuera de la ciudad, y decidí emplear el mismo medio de transporte para regresar hasta mi casa.

Abrí la puerta del ascensor. Había dos tipos, en los que no reparé hasta que el aparato emprendió el descenso.

Entonces, uno de ellos sacó una pistola y me la puso en un costado.

—Crannan, ni una voz o lo frío a balazos —dijo.

En el primer momento, no pude evitar un sobresalto. Luego me recobré.

— ¿Jarliss? —dije.

—Sí —confirmó el tipo.

El otro dijo:

—Tenemos un coche en la puerta. Saldremos del edificio con toda naturalidad, usted entre los dos. Si intenta algo recuerde; dos pistolas le llenarán de plomo el cuerpo.

Hice un gesto de resignación con las manos.

—Ahora comprendo cuál es el otro procedimiento que Jarliss anunció emplearía conmigo —dije.

Ya no hablamos más. El pandillero que me había amenazado, guardó la pistola cuando llegamos al vestí bulo, que cruzamos sin el menor inconveniente.

El coche estaba en la puerta, grande, negro. Había un tipo al volante. Jed Jarliss estaba sentado en el asiento posterior y me sonreía burlonamente.

—Ya le anuncié que lo conseguiría, Crannan —dijo, cuando me senté a su lado.

—Es usted un buen profeta, aunque estimo que no ha adivinado todo lo que va a pasar.

— ¿De veras? Vamos, arranca ya, Ned.

De los dos tipos que me habían capturado en el ascensor, uno de ellos se sentó a mi derecha. Otro lo hizo junto al conductor.

El automóvil partió de inmediato. Pronto salimos de la ciudad.

En el interior del vehículo, todos guardábamos silencio. Media hora más tarde, el conductor abandonó la autopista y tomó por un camino lateral.

— ¿Van a darme el «paseo»? —pregunté.

—No —respondió Jarliss—. Sólo le daremos una buena lección, que usted se aprenderá de memoria, para que se la repita a María Stuyler.

—Ah —dije—. ¿Puedo fumar? —consulté de pronto.

—Claro —accedió el rufián magnánimamente.

Metí la mano en el interior de la chaqueta. Jarliss creía que iba a sacar la pitillera. Cuando se dio cuenta, tenía su propia pistola apoyada en la sien.

—Hola, forajido —le dije—. ¿Quieres que te salte la tapa de los sesos?

Jarliss se puso lívido.

—Pero....

— ¡Silencio! —corté bruscamente—. Puede que yo muera, pero

tú irás por delante si no cumples mis órdenes exactamente. ¿Lo has comprendido?

Sus subordinados no se atrevían a intervenir. Eran tipos con cierta experiencia y sabían que si disparaban contra mí, el índice se me contraería y su jefe se iría al infierno.

—Dile a Ned que pare —ordené.

Jarliss obedeció. Yo continué:

—Ahora, cuando el coche se haya parado, di a tus gorilas que se bajen y se sitúen a cinco pasos a la izquierda, bien quietos y con las manos en alto. ¿Entendido?

Momentos después, se cumplía mi orden. Una vez que vi a los forajidos en la situación deseada, agarré a Jarliss por el cuello de la chaqueta y lo empujé hacia afuera, sin separar de su cabeza ni un milímetro el cañón de mi pistola.

Quedamos ambos frente a sus impotentes sicarios. Yo le quité la pistola con la mano libre y no pude contener una risita irónica:

—Jarliss, en tu cuenta de gastos, puedes incluir una pistola para cada vez que me visites.

—La próxima llegaré disparando tiros y sin anunciarme —contestó el tipo rencorosamente.

— ¿Habrá próxima vez para ti? Ahora, tus amigos dejarán caer las armas al suelo y recuerda lo que tienes en el cogote.

El frío del cañón de mi pistola era suficiente recordatorio para Jarliss. Cinco segundos más tarde, otras tres pistolas yacían sobre la tierra.

—Bien, muchachos, ahora, veamos quién es el que gana el campeonato de velocidad a campo traviesa.

Me separé unos cuantos pasos de Jarliss y disparé un tiro a sus piernas. El tipo dio un tremendo salto y yo seguí haciendo fuego con las dos pistolas, de modo que las balas silbasen amenazadoramente cerca de los rufianes. La huida que emprendieron tenía muy poco de digna.

Cuando estuve seguro de que no podían hacerme nada, recogí el

arsenal desperdigado por tierra y lo eche al automóvil. Luego, seguro, me senté tras el volante di el contacto, viré en redondo y emprendí el regreso a Denver.

CAPÍTULO VII

María me acogió con vivas muestras de impaciencia.

—Temí que te hubiera pasado algo —dijo, al verme llegar, pasadas ya las diez de la noche.

—Lo siento —me disculpé—. He tenido varios contratiempos. ¿No ha venido nadie aquí?

—No, que yo sepa —contestó ella—. ¿Por qué lo preguntas, Johnny?

Me mordí los labios.

—Está sucediendo algo raro —manifesté—. Jarliss me visitó por la mañana, tras haberme hecho una sucia jugada, con objeto de que yo te forzara a abandonar el rancho. Como le gané la partida, quiso secuestrarme

Le conté todo lo que había pasado. Los ojos de María expresaron claramente el horror que mis palabras le causaban.

—Es espantoso, Johnny —calificó—. ¿No hay nada que nosotros podamos hacer?

— ¿Y para qué? —respondí—. Nos vamos esta misma noche, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego, pero no consigo explicarme qué interés puedan tener por mi propiedad. No tiene un valor excesivo, salvo por lo que tú sabes, pero no hay aquí nada que pueda excitar la codicia de esos forajidos.

—Yo diría que… —De pronto, agité la mano para chasquear los dedos—. ¡Ya está! —dije—. María, ¿conoces la noticia?

—No, Johnny. Dime, ¿es malo?

—Según como se mire. Red Jarliss se ha fugado da presidio.

—El hermano del otro Jarliss que vino a vernos, ¿no es cierto?

—Sí, aquel a quien la declaración de tu padre hizo posible que fuese condenado. Ahora estoy seguro de que quieren la propiedad para que Red pase inadvertido una temporada.

Ella sonrió.

—Bueno, si quiere habitar la casa, puede hacerlo —respondió—. Nosotros no vamos a estar aquí para impedirlo, ¿verdad?

La miré un momento. María estaba encantadora con sus ropas de vuelo, un traje de una sola pieza, de color gris plata, muy ajustado a su espléndida anatomía. En los últimos tiempos, se había cortado el pelo, hasta dejarlo como el de un muchacho, dada la comodidad que ello le podía representar en el viaje, y su aspecto resultaba todavía más encantador.

—Espero que se hayan ido ya a nuestro regreso —dije—. ¿Estamos ya, María?

—Cuando quieras, Johnny.

De pronto, me pareció oír un ruido en la parte posterior de la casa.

— ¡No te muevas! —exclamé, a la vez que sacaba una de las pistolas que había arrebatado a Jarliss.

Ella se quedó rígida. Con el arma en la mano, avancé cautelosamente hacia la cocina. Puse la mano en el picaporte, aguardé un momento y luego abrí de golpe.

— ¡Levante las manos!

La cocina estaba desierta. Afuera, en el patio, oí ruido de pisadas que se alejaban velozmente.

Respiré aliviado. Debía de tratarse de algún zorro que había bajado de las montañas en busca de alimento. Guardé el arma y volví junto a María.

—Era una alimaña —dije—. Siento haberte asustado, pero después de lo que ha pasado hoy, tengo los nervios de punta. ¿Vamos?

—Sí, Johnny.

Salimos al exterior y transbordamos mi equipaje al «todo terreno». Antes de arrancar, cambiamos una larga mirada.

La luna, en fase de llena, bañaba la llanura con su luz plateada. A mil quinientos metros de donde estábamos, se divisaba el farallón en cuyo seno se encontraba la astronave.

Más arriba, en el cielo, se veía un puntito rojizo, situado en aquellos momentos a menos de ciento treinta millones de kilómetros de distancia. Dentro de sesenta y pico de días, estaríamos orbitando a su alrededor, buscando el lugar más adecuado para aterrizar en su superficie.

De pronto, recordé un detalle.

—María, ¿qué nombre le has puesto a la nave? —pregunté.

—Ninguno —respondió—. Esperaba una sugerencia tuya en tal sentido, Johnny.

—Ya hay una con tu nombre —dije—. Pero se me ocurre una cosa. Hay una persona que lo ha sido todo para ti estos últimos años; te ha cuidado abnegadamente, mientras trabajabas sin descanso. ¿Te parece bien que la nave se llame *Tía Fanny?*

Ella sonrió.

—Es una magnífica idea —aprobó—. Le gustaría saberlo algún día.

—Sí. Lo lastimoso es que no haya en Marte tiendas de suvenires donde vendan tarjetas con vistas del planeta, para enviarle una y comunicárselo.

María lanzó una alegre carcajada y pisó el acelerador. Las ruedas del automóvil dieron la primera vuelta y así recorrimos el primer metro de los miles de millones que debíamos salvar para llegar a nuestro objetivo.

Momentos después, estábamos en la base de la astronave. Trasladamos mi equipaje al ascensor y cuando me disponía a subir, María me indicó que sacara el coche afuera.

—No tiene sentido dejarlo que se queme aquí abajo —manifestó —. Con que lo pongas a cincuenta o sesenta metros a la derecha y en la base de la ladera, habrá más que suficiente para que no lo alcancen los gases de eyección.

—Muy bien.

Subí al automóvil y maniobré para dar media vuelta. En el mismo momento, divisé otro coche que entraba por el túnel.

Un agudo grito resonó bajo la bóveda rocosa:

— ¡Allí está! ¡Disparen contra él, chicos!

Yo lancé una maldición. ¿Era que aquel condenado Jarliss no me iba a dejar nunca en paz?

Salté del coche y me agaché tras él, justo en el momento en que llegaban cuatro o cinco balas, que rebotaron por todas partes, con metálicos silbidos. María gritó, angustiada:

— ¡Ven, Johnny! —me llamó desde el ascensor.

Jarliss y sus esbirros se me acercaban cada vez más. La situación se ponía verdaderamente crítica.

De pronto, se me ocurrió una idea. Trepé al coche y lo puse en marcha, acelerando brutalmente. Luego salté al suelo, rodé un par de veces sobre mí mismo, y gateando y arrastrándome en ocasiones y en otras corriendo, gané el ascensor.

Los dos vehículos chocaron a mitad del túnel con gran estruendo. Jarliss y su panda no sufrieron daños, pero yo conseguí lo que buscaba: retrasarles unos segundos que para nosotros podían resultar preciosos.

El ascensor se puso en marcha inmediatamente. Era abierto, del

tipo de jaula, de modo que podíamos oír a la perfección todo lo que decían aquellos forajidos.

—María, ¿puedes bloquear desde aquí el interruptor de llamada de la base? —pregunté.

—Desde luego, Johnny.

Ella lo hizo así. Yo añadí:

—No tendría gracia que llamaran al ascensor y nos hicieran bajar contra nuestra voluntad.

Algunas balas fueron disparadas inofensivamente hacia arriba. Jarliss se desgañitaba vomitando imprecaciones e insultos de todos los calibres.

De pronto, Se me ocurrió una idea:

— ¡Jarliss! —llamé.

— ¡Maldita sea! —chilló el rufián—. Cuando le ponga la mano encima, Crannan...

—Acuérdese de cómo murieron Bill Crook y sus muchachos —vociferé—. Nosotros vamos a despegar dentro de unos minutos y este pozo se convertirá en un infierno de fuego. Si quiere salvar el pellejo, ya sabe lo que tiene que hacer, Jarliss.

Abajo se oyeron gritos de susto. María y yo nos echamos a reír.

Segundos más tarde, pasábamos al interior de la astronave. Yo me sentí presa de una vivísima emoción.

* * *

No sé cómo serán otras astronaves. La que había ideado el profesor Stuyler puede que, en algunos aspectos, resultase un tanto burda y tosca, pero no cabía la menor duda de que era eminentemente funcional. Se trataba de un aparato para viajar a Marte y todo había sido diseñado y construido con tal objeto.

María no quiso perder más tiempo.

—Cuando estemos en camino, ya te enseñaré el resto de la nave —dijo, mientras me guiaba a la cabina de mando.

Estábamos a ciento cincuenta metros del suelo. La cabina era grande, capaz, con tres sillones-litera. Ella me explicó esta aparente anomalía.

—Puesto que vamos a rescatar a mi padre, instalé un sillón más, para él —dijo.

—Sí, resulta lógico —contesté, mientras contemplaba abrumado el espectáculo que se ofrecía a mis ojos.

Ella se sentó en el asiento del piloto. Me miró y sonrió.

— ¿No tienes miedo, Johnny? —preguntó.

—Hombre, un ligero hormigueo en el cuerpo...

—No temas —dijo ella—. He estado hablando con mi padre durante casi seis años, una noche por semana. Las instrucciones que me dio para el despegue son tan precisas y detalladas, que una vez aprendidas de memoria, un niño de pocos años podría seguirlas sin dificultad. Y, créeme —agregó—, yo conozco hasta la última sílaba de las palabras que componen esas instrucciones.

Hice un gesto de asentimiento. Chiflado o no, Handley Stuyler era hombre que sabía hacer bien las cosas.

María empezó a comprobar los distintos instrumentos, concentrándose profundamente en su labor. Yo, sentado a su lado, guardaba silencio, mientras, a través de una de las lucernas de la cabina, contemplaba la noche estrellada que se alzaba por encima de nosotros, fuera ya del círculo superior que era el borde externo del pozo.

A medida que la joven iba pulsando teclas y controles, se encendían lamparitas verdes en el cuadro de mando. Una de mayor tamaño que las restantes se encendió de pronto.

—Listos, Johnny —anunció.

Su índice derecho estaba apoyado sobre un botón rojo. Contuve el aliento.

María empujó a fondo. De momento, pareció que no sucedía

nada.

Luego, un millón de demonios se desataron allá abajo, en las entrañas de la nave. El suelo de la cabina trepidó ligeramente.

Un sordo fragor, que se hacía más intenso por momentos, nos envolvió por completo. Me pareció oír gritos por alguna parte, pero me dije que se trataba de una ilusión mía, debida a la excitación del momento.

El ruido aumentó. De repente, sentí como si una mano gigantesca se apoyara en mi espalda y me empujase hacia arriba.

— ¡Subimos! —grité, sin poder contenerme.

María hizo un gesto de asentimiento. La proa ojival de la *Tía Fanny* asomó fuera del pozo. Luego, los motores aumentaron más su potencia y la astronave ganó velocidad.

Ocurrió casi de repente. Algo nos disparó hacia las alturas, pero los efectos de la aceleración fueron mucho menores de lo que yo había supuesto.

En los primeros instantes, no vimos nada, debido a las espesas nubes de vapor que nos envolvían. Luego, al acelerar la nave, pudimos divisar la superficie del suelo que se alejaba rápidamente.

María estaba atenta a los instrumentos. Transcurrió un buen rato antes de que cesara sobre nuestros cuerpos la presión de la aceleración.

Empecé a sentirme ingrávido. María tocó un mando y volví a notar la sensación de peso.

—He conectado el motor que proporciona gravedad artificial —explicó—. Ah, y puedes soltarte cuando quieras.

La Tierra era, abajo, una bola de plata que disminuía rápidamente de tamaño. Cuando se me ocurrió echar un vistazo al reloj, observé con asombro que eran casi las dos de la madrugada.

Dos horas se me habían pasado sin sentirlo, absorto por la emoción de la aventura. Una vez en pie, me acerqué a una de las lucernas y contemplé el fascinante espectáculo del firmamento, contemplado sin el filtro de la atmósfera.

—María, ¿no habrá error para llegar a Marte? —pregunté, aprensivo.

—Ninguno, Johnny —me tranquilizó ella—. El sistema de dirección está provisto de un telescopio-guía, que estará constantemente enfocado a Marte. Cualquier alteración del rumbo será registrada automáticamente y un zumbador me avisará de esa alteración para corregir la órbita de manera adecuada. Pero si es necesario, también puedo pilotar la nave manualmente... y eso es lo que sucederá cuando lleguemos a las inmediaciones de nuestro objetivo.

Lancé un suspiro de alivio.

—Bueno —dije—. Ahora sólo falta tener un poco de paciencia, dejar transcurrir un par de meses y...

—Y estaremos en Marte, Johnny —dijo ella con ojos brillantes.

— ¿Ha dicho usted en Marte, señora? —sonó de pronto una voz extraña en la cabina.

CAPÍTULO VIII

María y yo sentimos un escalofrío al mismo tiempo. Un instante estuvimos mirándonos a la cara, como si no creyéramos en lo que acabábamos de escuchar y luego con mucha lentitud, nos volvimos hacia la puerta de la cabina.

Ella estuvo a punto de desmayarse. Yo creí que los ojos se me saltaban de las órbitas.

Había allí un tipo de unos cuarenta y tantos años, de rostro duro y desagradable, apuntándonos con una pistola. En el lado izquierdo de la cara tenía una cicatriz de apariencia repugnante.

María tuvo que poner una mano en el cuadro de mandos para no caer al suelo. Yo me sentí desfallecer.

— ¿Ha dicho que van a Marte, señora? —insistió el sujeto.

Hice un gesto afirmativo. Otro individuo apareció detrás del primero, y otro y otro… y luego una mujer, joven y de agradable figura.

Me pasé una mano por la cara.

—María, estoy soñando —dije—. Esto, ¿es una astronave o un

autobús de pasajeros?

—Vamos, señora, conteste de una vez —gruñó el tipo de la pistola—. Les he oído mencionar a Marte. ¿Qué hay de ese asunto?

—Es cierto. —María empezó a recobrarse—. Vamos allí, pero, ¿quiénes son ustedes? ¿Por qué han entrado en mi nave sin autorización?

—Era un buen refugio —gruñó el individuo.

Y al oír aquellas palabras, la luz se hizo en mi *cerebro.*

— ¡Jarliss! ¡Red Jarliss! —grité.

—Yo mismo —confirmó el evadido de presidio—. ¿Me conoce usted?

—A su hermano, sí —respondí—. Hemos tenido varias discusiones en los últimos días.

— ¿Dónde está ahora? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Se quedó allá abajo —repuse.

La mujer avanzó un par de pasos.

—Red, ¿es cierto que este aparato va a Marte? —preguntó, temblorosa de miedo.

—Ellos dicen que sí —gruñó Jarliss—. Pero yo pienso de manera muy distinta.

—Lo siento —dijo María—. Vamos a Marte y no será usted quien nos haga regresar a la Tierra.

Jarliss agitó la pistola.

— ¿Qué le parece este argumento, guapa? —contestó brutalmente.

Yo me di cuenta de una cosa muy importante. Tanto Jarliss como sus acompañantes parecían aturdidos y no sólo por la increíble noticia que acababan de recibir, sino porque habían debido aguantar la aceleración del despegue en circunstancias mucho más difíciles. En

resumen, no se habían recobrado todavía de los efectos de la aceleración.

Era algo que debía tener en cuenta, aunque, de momento, guardé la observación para mí. Uno de los acompañantes de Jarliss se quejó:

—Jefe, ya dije yo que...

Jarliss no le dejó seguir.

— ¡Cállate! —cortó en seco—. Todos estuvimos de acuerdo en que este escondite era el mejor. Nadie se podía imaginar lo que iba a suceder después, aunque sí es fácil suponer lo que va a ocurrir ahora.

— ¿Qué es lo que va a ocurrir? —pregunté.

—Está bien claro. Hay que dar media vuelta.

—Imposible —contesté—. La señorita Stuyler no accederá jamás a su demanda, Jarliss.

Los ojos del forajido centellearon.

— ¿Ha dicho Stuyler? —gritó.

—Así es —confirmé—. Ella es la hija del profesor Stuyler.

La mano de Jarliss tembló.

—Han pasado quince años, pero valdrá la pena —dijo torvamente—. La venganza resultará así más sabrosa.

Luego levantó la pistola y apuntó a la frente de María.

— ¡Eh! —grité—. ¿Qué va usted a hacer?

— ¿No se lo imagina, estúpido? Es mi venganza.

—Dispare, Jarliss —dije—. Dispare y ya verá quién lo lleva a la Tierra. Ella es la única que sabe pilotar la astronave, ¿comprende?

El pistolero pareció desconcertarse. La mujer lanzó un agudo grito de terror.

— ¡No, Red, no la mates!

Los otros tres individuos parecían aturdidos e incapaces de tomar una decisión. Al cabo de unos instantes. Jarliss movió la mano armada.

—Vamos, guapa —dijo—. Siéntese ahí y dé media vuelta.

María vaciló. Me consultó con la mirada. Yo me acerqué al tablero de mandos.

— ¿Están los propulsores en estado de funcionar de nuevo a pleno régimen?

—Tengo que examinar los instrumentos de medida —contestó ella.

—Bien, vamos a verlo —dije. Mi mano se paseó por el tablero de mandos, hasta detenerse junto a una palanquita, bajo la cual se leía el indicativo de GRAVEDAD ARTIFICIAL.

María se estremeció ligeramente. Así supe yo que ella había comprendido mi idea.

—Sí, están en orden —dijo con voz neutra.

Movió la palanquita.

El motor de gravedad artificial dejó de funcionar bruscamente. María y yo estábamos prevenidos, por supuesto.

Sonaron unos agudos chillidos de pánico. Los cuatro hombres y la mujer ascendieron súbitamente hasta el techo, perneando de manera frenética, aterrados por aquel extraño fenómeno, incomprensible para sus mentes poco cultivadas, Jarliss braceó como un loco, olvidado por completo de su pistola.

María y yo, prevenidos, nos habíamos agarrado a uno de los asientos, con lo que permanecimos en posición normal. Yo moví la palanca nuevamente y nuestros cinco huéspedes cayeron al suelo con cierta fuerza, dado que la gravedad no era la normal, sino sólo el cincuenta por ciento de la existente en la superficie del planeta.

Repetí tres o cuatro veces la operación. Al final, estaban todos mareados y agotados, sin tener muy clara la consciencia del lugar en que se hallaban. Ella facilitó la tarea de cortarles las garras, quiero decir, dejarlos sin su armamento.

Cuando acabé el tratamiento, presentaban todos un lastimoso aspecto. Con la gravedad artificial, resultaba ya más fácil moverse y esperé a que se recobrasen un tanto, antes de dirigirles un discursito.

—De momento —anuncié—, vamos a encerrarles a todos. Les guste o no, vamos a Marte y ya pueden hacerse a la idea de que van a pasar dos meses a bordo de la astronave. Cuando lleguemos a Marte, pensaremos qué hemos de hacer con ustedes... aunque no tendría nada de particular que los abandonásemos a su suerte.

La mujer, que dijo llamarse Daisy Chall, rogó gracia.

—Yo quiero volver a la Tierra con ustedes —dijo— No tengo nada que ver con estos tipos.

—Esto ya lo discutiremos más adelante —corté en seco—. De momento, repito, van a quedar encerrados, María, ¿quieres guiarme? —solicité.

—Sí, Johnny.

Minutos después, María y yo podíamos considerarnos de nuevo en relativa seguridad. Cuando hube encerrado a la pandilla, sentí que me flaqueaban las piernas.

—Estamos en una crítica situación —dije—. ¿Qué vamos a hacer con cinco bocas más a bordo?

Sí, era un problema nada fácil de resolver a menos que diésemos media vuelta y emprendiésemos el regreso a la Tierra, cosa que María, lógicamente, no quería hacer.

Yo me sentía abrumado por aquel desastre. En cuanto al ánimo de María, no era mucho mejor, como se puede comprender.

* * *

—Es lo más inaudito que podía ocurrir —dije, después de un largo espacio de silencio—. Ya resulta increíble que alguien se construya su propia astronave para ir a Marte, sin ayuda ajena, pero lo que ya bordea el absurdo es que nos encontremos con nada menos que cinco polizones a bordo.

— ¡Y qué clase de polizones! —se lamentó María.

—Indeseables, es lo menos que se puede decir de ellos. Pero éste es un problema secundario con los que nos plantea su estancia a bordo. Hay uno que me pone los pelos de punta.

— ¿Cuál es, Johnny?

—La comida.

—Oh, eso no debe preocuparte en absoluto. La despensa está bien provista.

—Pero somos siete y nos esperan dos meses de viaje.

—Johnny, cuando empecé a equipar la nave, compré víveres para un par de años al menos. Recuerda que en Marte no hay comida.
.

— ¿De veras? Entonces, ¿de qué ha estado viviendo tu padre nada menos que durante quince años?

Ella se quedó parada un instante.

—Es verdad —dijo al cabo—. Pero se llevó semillas —recordó de pronto.

—Tendría gracia; trigales y frutales en Marte. Bien, solucionado el asunto de los víveres. Supongo que igual pasará con el agua.

—Desde luego. Al emplear ferroplástico en la construcción de la nave, he ahorrado un sesenta por ciento de peso en su estructura. Esa diferencia de peso, lógicamente, ha sido absorbida por los suplementos de combustible, los víveres, más tanques de agua y los equipos para la superficie de Marte.

—De acuerdo, pero tenemos a cinco huéspedes a bordo. Nos esperan dos meses de viaje y ello puede crearnos muy graves problemas, si no los atajamos desde el primer momento.

— ¿Qué solución darías tú a este asunto, supuesto que no queramos volver a la Tierra para desembarcarlos?

Reflexioné un momento. Luego dije:

—María, la chica me ha parecido más digamos sensata que los otros, quienes, a fin de cuentas no son sino unos rufianes de la peor

catadura. No sé por qué Daisy está con ellos, pero me parece que si consiguiéramos contarla como aliada, ganaríamos mucho en la solución del problema.

—Es posible —admitió ella—. ¿Cómo lo piensas hacer, Johnny?

—La traeré aquí y hablaremos los dos con ella. Aguarda un momento, María.

Me dirigí hacia la puerta de la cabina. Antes de salir, me volví hacia ella.

—María, ¿cómo han podido sobrevivir al despegue? —pregunté.

La joven sonrió.

—Estamos en una nave ideada por mi padre —contestó—. Los problemas de la aceleración se resolverían por completo si las astronaves no necesitasen despegar con tanta rapidez, a fin de alcanzar cuanto antes la zona donde la gravedad de la Tierra es prácticamente nula, cosa que hacen por ahorrar combustible. Ahora bien, en la *Tía Fanny,* el combustible no es problema alguno, y si se tratase de un viaje menos largo, todavía hubiéramos despegado con menor velocidad.

—Comprendo. Así se explica que hayan resistido los efectos de la aceleración.

—Exactamente, Johnny. En una de las astronaves de la NASA como las que hacen los viajes a la Luna, habrían perecido aplastados. En la *Tía Fanny* han sobrevivido, pero, aun así, los momentos del despegue no han debido de resultar nada agradables.

No pude contener una sonrisa.

—Había que ver la cara que pusieron cuando desconecté el motor de gravedad artificial —dijo.

—Fue una excelente idea, en efecto —convino María.

Abandoné la cabina y, tras recorrer un largo pasillo alcancé la cámara donde estaban encerrados los polizones. Saqué la pistola y abrí la puerta.

Cinco rostros me miraron con furia, temor y perplejidad. Hice un gesto y ordené:

—Salga, Daisy.

La joven se acercó a la puerta. Jarliss dio un paso hacia adelante, pero yo le contuve con un ademán enérgico.

—Si no se está quieto, le pego un tiro aquí mismo —dije cortantemente.

Lo único que podía hacer Jarliss era desahogarse verbalmente, pero yo dejé de escucharle cuando cerré de un seco portazo.

—Sígame, Daisy —indiqué.

—Sí, señor Crannan —contestó la joven mansamente.

CAPÍTULO IX

Tenía unos veintiocho años, el cuerpo opulento y el pelo teñido. Era de la clase de mujeres que gustan a determinados tipos como Jarliss, atractiva y vistosa. Pero podía resultar un excelente aliado.

Momentos después, llegábamos a la cabina de mando.

—Daisy, la señorita Stuyler y yo queremos hablar con usted —manifesté.

—Sí, señor Crannan.

Se la veía inquieta y aprensiva. Procuré tranquilizarla.

—No tema —dije—. No le causaremos ningún daño, pero necesitamos de su ayuda.

—Haré lo que pueda —contestó Daisy—. Pero, díganme, ¿es cierto que vamos a Marte?

—Así es, Daisy —corroboró María—. Dentro de dos meses, estaremos allí.

Daisy se puso pálida. Yo la ayudé a sentarse en uno de los sillones antiaceleración.

—Repórtese —dije—. María, ¿hay algo de beber a bordo? Una copita le sentaría bien a Daisy. Y, ¡qué diablos!, también a mí.

—Sí, ahora traeré, Johnny.

María se alejó. Daisy y yo quedamos solos unos momentos.

—Daisy, ¿cómo pudo meterse en este asunto? —pregunté.

—Aunque no lo crea, me engañaron, señor Crannan —respondió la interpelada—. Vino un tipo y me propuso cuidar a un enfermo. Yo no sabía de qué se trataba y acepté. El sueldo era muy bueno, al menos, según dijeron ellos, puesto que todavía no he visto un solo centavo.

—Pero, ¿es usted enfermera, Daisy?

Ella se ruborizó.

—Lo fui en tiempos. Es más, tengo mi diploma, pero luego... Bueno, aquella vida me aburría, a decir verdad. Abandoné el hospital y...

—Creo que comprendo —dije, en el momento en que entraba María, con la bandeja en las manos.

Interrumpimos la conversación unos instantes, para tomar un poco de licor que, a decir verdad, nos entonó a todos. Daisy hizo un gesto y continuó:

—La verdad, no se puede decir que mi vida haya sido muy ejemplar, pero hay cosas que yo no haría por todo el oro del mundo. Sólo cuando lo tuve delante, supe que era Red Jarliss, el asesino evadido de presidio.

—Y entonces fue cuando comprendió la verdadera naturaleza del contrato.

—Así es, señor Crannan. Pero no hubo tiempo para nada. Me trajeron en su coche y casi en seguida nos escondimos en el túnel.

—Yo no vi nada —dijo María.

—Cuando llegábamos a la casa, vimos luz —explicó Daisy—. Entonces, Jarliss dijo que debíamos escondernos hasta que llegase su hermano con noticias. Encontramos el túnel.

—Y subieron a la astronave.

—Sí, así sucedió. Jarliss dijo que sería el mejor escondite.

— ¿Qué pasó con el automóvil? —pregunté—. Nosotros no lo vimos.

—Bueno, Jarliss ordenó a uno de sus gorilas que lo escondiese. Imagino que lo llevaría fuera del túnel, aunque no sé dónde.

—Tampoco importa demasiado —dije yo—. Tiempo atrás, María, tú hubieras oído el coche, pero ahora, estos motores eléctricos no hacen el menor ruido.

—Sí, es cierto, Johnny. Daisy, ¿qué papel pintan esos tres sujetos que acompañan a Jarliss?

—Son sus guardaespaldas. Le ayudaron a fugarse, creo.

—Vamos, una especie de fuerza de protección, por si las cosas se ponían mal dadas, ¿no? —dije.

—Así es, señor Crannan —confirmó Daisy—. Lo que yo nunca me pude imaginar es que la astronave zarparía a poco de habernos escondido en ella. ¡Ustedes no tienen ni idea del rato tan espantoso que pasamos en el despegue! Yo creí morir cien veces.

—Me lo figuro fácilmente —contesté—. Pero para usted, Daisy, los malos ratos ya han pasado, es decir, si colabora con nosotros.

—Lo estoy deseando —respondió la joven con vehemencia—. Ya he dicho que no soy una santa, pero hay cosas por las que no pasaría jamás. De haber sabido que lo del enfermo era un engaño, no hubiera aceptado el contrato.

—Pero si Jarliss no está enfermo, ¿por qué llamaron a Daisy? —preguntó María.

—No seas ingenua —dije—. Jarliss ha estado quince años encerrado en el presidio. Necesitaba compañía femenina, eso es todo.

María se sonrojó violentamente.

— ¡Qué desvergüenza! —se escandalizó.

— ¿Podías esperar otra cosa de un tipo como Jarliss? Bien, nuestro problema, ahora que Daisy ya se ha puesto de nuestro lado, es el de mantener a raya a esos cuatro tipos durante nada menos que dos meses.

— ¿Se te ocurre a ti algo, Johnny?

—Sólo hay una solución: tenerlos encerrados todo el tiempo.

María se estremeció.

—Una solución muy drástica —comentó.

— ¿Prefieres tenerlos sueltos y que cometan un estropicio? María, esto no es tu casa, sino un aparato muy delicado, en el que no podemos permitirnos el menor riesgo. Ellos o nosotros, así de simple es la respuesta.

—Sí, Johnny —aceptó María, resignada.

—Son malos —calificó Daisy—. Tengan mucho cuidado con ellos.

—No les quitaremos ojo —prometí—. Y estarán encerrados, hasta el momento en que volvamos a pisar el suelo de la Tierra.

— ¿Cuándo volveremos? —quiso saber Daisy.

Me encogí de hombros.

—No hay fecha fija —respondí.

Daisy se puso pálida.

—Estaremos años fuera de la Tierra.

—No tanto —rectificó María—. Algunos meses, solamente. Dos

de ir, algunos días en Marte, y otros dos meses o algo más para la vuelta. Medio año, a lo sumo.

Daisy se tranquilizó. Incluso se echó a reír.

—Y pensar que Jarliss se escapó porque estaba harto de estar encerrado... —comentó irónicamente.

—La cosa tiene su gracia, hasta cierto punto, porque no va a resultar nada divertido un viaje en el que uno ha de estar constantemente con la pistola al cinto —dije yo, sin poder ocultar el malhumor que sentía en aquellos momentos.

* * *

Hice una señal con la cabeza y María abrió la puerta. Daisy, con una bandeja en las manos, quedó en el umbral.

Cuatro caras se volvieron en el acto hacia nosotros. Jarliss lanzó una sonora maldición.

Estaban encerrados en una cámara donde había dos literas superpuestas. Una lucerna circular permitía ver el espacio a través del grueso vidrio protector.

El tipo llamado Bert Vey estaba sentado en la litera superior, haciendo algo con una navaja. Yo me puse pálido y no de rabia precisamente, aunque logré dominarme.

—Siga así, Vey —dije—. Cuando haya desatornillado la ventana, quite el cristal. Esta ventana da directamente al espacio y el aire se irá inmediatamente. Imagínese cómo quedarán ustedes en un segundo.

— ¡Maldición! —masculló Jarliss—. Eso que dice no es cierto, Crannan.

Hice un gesto de indiferencia.

—Voy a darles un consejo a todos —declaré—. Están a bordo de una astronave, que en estos momentos se halla ya a más de medio millón de kilómetros de la Tierra, más lejos ya de la Luna. Todo parecido de esta nave con un tren, un avión corriente o un coche, es

pura coincidencia. Cualquier cosa que pretendan hacer para escapar, sólo conseguirá provocar una catástrofe.

— ¿Va a tenernos aquí encerrados mucho tiempo? —preguntó Dick Gaunt.

—Hasta que regresemos a la Tierra —respondí inflexible.

—Y eso, ¿tardará mucho en suceder? —inquirió Jarliss.

—No menos de seis meses.

Alguien lanzó un gemido. Rafe Shorr se tumbó en la litera, poco menos que llorando a lágrima viva.

Hice un gesto a Daisy. La bandeja pasó a manos de Gaunt.

—Tendrán comida dos veces al día —manifesté—. Lo siento, pero como no me ofrecen ninguna seguridad, habrán de permanecer encerrados todo el tiempo. Nos llevaremos la bandeja cuando les traigamos la otra comida.

—Daisy, te has pasado al enemigo —dijo Jarliss rencorosamente.

—Se me contrató para cuidar a un enfermo, no para hacer la vida agradable a un rufián —contestó Daisy con sequedad.

—Ya lo ha oído, Jarliss —añadí yo—. Y ahora, la última recomendación. María Stuyler es el capitán de la nave, con autoridad absoluta sobre todos nosotros.

—El amo a bordo, después de Dios —se burló Jarliss.

—Efectivamente —confirmé sin pestañear—. Y esa autoridad incluye la de dictar penas de muerte, si fuera necesario.

Hubo un momento de silencio. Los forajidos se sentían consternados, aunque Jarliss, lógicamente, trataba de mantener el tipo.

—Seguramente, usted ejecutaría esa sentencia de muerte —dijo en tono pretendidamente mordaz.

—Tratándose de usted, con muchísimo gusto —respondí un segundo antes de cerrar de un seco portazo.

Miré a las mujeres y suspiré.

—No va a resultar un viaje agradable y no lo digo por ustedes —comenté.

—Espero que tus palabras les hagan ser sensatos —deseó María.

— ¡Ojalá! —dije yo.

Pero lo dudaba por completo. Tal vez había logrado imponerme a los tres asalariados. Con Jarliss, sin embargo, la cosa variaba radicalmente.

El viaje no iba a tener nada de placentero, por supuesto. Pero yo estaba dispuesto a que no ocurriese nada que pudiera ponernos en peligro. Por encima de todo, el profesor Stuyler debía ser rescatado.

—Voy a comprobar el rumbo —dijo María.

— ¿Puedo ayudarle? —preguntó Daisy.

—Convendría que conociese el manejo de algunos instrumentos poco complicados, en efecto —sonrió María—. Venga conmigo, Daisy. Johnny, ¿por qué no haces una pequeña comprobación de víveres?

Me llevé la mano a la sien derecha.

—A la orden, capitán —contesté.

CAPÍTULO X

Por supuesto, el profesor conoció la noticia de nuestro despegue en cuanto tuvimos ocasión de comunicarnos con él, aunque preferimos callar el insólito hecho de los cinco polizones a bordo de la *Tía Fanny*.

En cuanto a la radio, conseguimos captar noticias de la Tierra. Jarliss había desaparecido sin dejar rastro.

Su hermano Jed había tenido un encuentro con la policía, que le consideraba sospechoso de complicidad en la evasión. Jed había muerto en el tiroteo consiguiente.

Esto eliminaba riesgos para nuestra vuelta. Pero Red seguía a bordo.

Cuando le dije que su hermano había muerto, casi enloqueció de rabia. Quiso atacarme y le golpeé sin vacilar en la frente con el cañón de mi pistola.

Cuando se recuperó, le dije:

—No vuelva a repetirlo o le encerraré en un lugar solitario y lo tendré a pan y agua todo el tiempo.

A Jarliss no le quedó otro remedio que tascar el freno. Pero yo

no me fiaba de él.

Estaba seguro de que planeaba algo. Tenía que anticiparme a sus propósitos.

Los días pasaban lentamente. Marte era un circulito rojo en el cielo, cuyo tamaño aumentaba poco a poco. Un par de semanas más tarde, al ir a darles la comida, a los prisioneros, les sorprendimos cuchicheando de un modo que me dio mala espina.

Aquello me hizo concebir una idea. Di un paso dentro de la cámara y miré a mí alrededor, como si buscase algo.

Mientras, con la mano izquierda, conecté el interfono y lo dejé abierto. Daisy entregó la bandeja a Shorr y luego nos retiramos.

Inmediatamente, corrí a la cabina de mando. María me miró alarmada.

— ¿Qué ocurre, Johnny? —preguntó.

—El interfono, pronto —dije—. No hables, escucha simplemente.

Ella abrió el contacto. La voz de Jarliss llegó hasta nosotros en el acto, áspera, colérica.

— ¿Cuánto te falta ya, Dick? —preguntó.

—Hasta la otra comida no estaré listo, jefe —respondió Gaunt con la boca llena—. Tenga en cuenta que se nos llevan los cubiertos cuando terminamos de comer y que no puedo trabajar más que un rato muy pequeño. Un cuchillo no es un destornillador y...

—Oh, basta y sigue dándole a esa maldita cerradura —gruñó Jarliss.

María se estremeció.

—Quieren evadirse —murmuró.

—Sí —convine yo. Precisamente había decidido retirar la bandeja después de cada comida, en vez de hacerlo como al principio, pero de todas formas, había un espacio de tiempo para disponer de las herramientas en que podían convertirse los cuchillos.

—Jefe, hasta la otra comida no estaré listo —anunció Gaunt.

—Está bien, tendremos paciencia —masculló Jarliss.

—Jefe, pero, ¿qué haremos cuando hayamos salido de aquí? —exclamó Shorr—. No podemos ir a ninguna parte.

— ¡Imbécil! Les obligaremos a que nos devuelvan a la Tierra. ¿Es que no lo comprendes?

Shorr debió de encogerse de hombros, a juzgar por el tono de sus siguientes palabras.

—Como quiera, jefe. La verdad a mí me gustaría volver a la Tierra, pero usted no lo va a pasar bien.

— ¿Por qué dices eso?

—Este cacharro no es un avioncillo cualquiera. Todo el mundo, en la Tierra, sabe ya que despegó hacia Marte. Si ahora regresamos, los radares lo detectarán y habrá miles de personas aguardándonos. ¿Cómo sabemos, además, que la chica no anunció a la Tierra que nos llevaba a bordo?

Jarliss lanzó una maldición.

Los argumentos de Shorr eran irreprochables. Durante unos segundos, maldijo de tal forma, que tuve que taparle los oídos a María para que no se escandalizase.

—Pero tampoco vamos a quedarnos en Marte, ¿verdad? —dijo, cuando se cansó de soltar palabrotas—. Y algo tenemos que hacer, digo yo. ¿O vamos a dejar que nos tengan encerrados hasta que este maldito artefacto haya vuelto a la Tierra?

—El jefe tiene razón —intervino Vey—. Así no podemos seguir. Y, además, ¿qué diablos se nos ha perdido a nosotros en Marte? Aquello está deshabitado y a lo mejor pasa algo y nos morimos. Prefiero volver a la Tierra, y en cuanto pongamos allí los pies, ya nos arreglaremos para salir corriendo como sea.

Las palabras de Vey fueron una inyección de moral para Jarliss, que durante unos momentos pareció ir a perder el control de la situación.

—Está bien —cortó la discusión—. A la noche, después de la cena, iremos a por ellos.

En silencio, sin hacer ruido, cerré el interfono. María y yo nos miramos unos momentos. Daisy, que había venido momentos antes, también había escuchado la conversación.

—No les dejaremos que nos sorprendan —dije, al cabo de unos instantes—. Mejor dicho, fingiremos que nos dejamos sorprender.

— ¿Qué haremos después? —quiso saber María.

—Hay más cámaras a bordo. Les encerraremos en otra donde no tengan posibilidad de escape. ¿Cuál te parece a ti mejor, María?

La joven reflexionó un instante.

—El compartimiento destinado a almacenar muestras de minerales marcianos —dijo al cabo—. No es grande, pero está completamente vacío.

—De acuerdo, ahí los encerraremos en cuanto salgan de su cámara.

* * *

Las horas pasaban lentamente. A fin de prevenirnos mejor, repartí armas entre las mujeres.

Las aceptaron con repugnancia, aunque conscientes de que debían hacerlo. Yo maldecía para mis adentros.

Lo que había prometido ser un viaje de placer, estaba convirtiéndose en una tortura continua. Ahora me arrepentía de no haber obligado a María a regresar para desembarcar a nuestros indeseables polizones. Hubiéramos perdido un par de días, pero el viaje se hubiera desarrollado luego con entera normalidad.

El telescopio empezaba ya a mostrarnos algunos detalles de la superficie marciana. En quince días habíamos recorrido unos diecisiete millones de kilómetros. La distancia era ahora, pues, de unos ciento once, aproximadamente.

Sin saber cómo, me quedé solo en la cabina de mando, contemplando abstraídamente el fantástico espectáculo del

firmamento. De repente, oí un grito sofocado.

Volví la cabeza. Alguien emitió una maldición. María volvió a gritar.

Me puse en pie de un salto y saqué la pistola de mi cinturón. Un segundo más tarde, vi entrar a María en la cámara.

Jarliss la sujetaba por la cintura con una mano. Con la otra, empuñaba la pistola que le había arrebatado. En el acto comprendí que no podía disparar sin herirla.

El forajido sonrió perversamente.

—Tire el arma, Crannan.

Aflojé los dedos. Yo me sentía estupefacto.

—Pero, ¿cómo...?

— ¿Crees que soy tonto? Me di cuenta claramente de que dejaba conectado el interfono, cuando nos sorprendió conversando. Entonces decidí engañarle, haciéndole creer que saldríamos después de la cena, pero lo cierto es que antes de terminar la comida, ya habíamos desmontado la cerradura. Luego no fue necesario sino aguardar el momento oportuno, que fue cuando esta hermosa muchacha pasó por delante de nuestro encierro.

Inspiré con fuerza.

— ¿Y bien, Jarliss? ¿Qué **es** lo que piensa hacer con nosotros?

—Con usted, ya está decidido. Respecto a ella, nos llevará de vuelta a la Tierra.

— ¿Va a matarme? —pregunté.

La pistola se levantó y me apuntó a la frente.

—Ahora mismo —anunció.

— ¡Un momento! —gritó María.

—Quieres despedirte de él, ¿eh, gatita? Está bien, dile adiós, pero pronto, porque antes de un minuto, va a estar en el infierno.

—Si usted lo mata, yo me negaré a pilotar la nave —aseguró

María rotundamente.

—Te obligaré a que lo hagas. Conozco medios...

— ¿De veras? —María, aunque muy pálida, se esforzaba por mantener la serenidad—. Conoce medios para obligarme a pilotar la astronave en un viaje de regreso, pero, ¿conoce los instrumentos del tablero de mandos?

Los forajidos se alarmaron.

— ¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Gaunt, muy inquieto.

—Si su jefe mata al señor Crannan, yo, apenas me siente en el puesto de pilotaje, elevaré la presión de las bombas de combustible al máximo y la nave saltará en menos de cinco minutos. Si él muere, moriremos todos.

— ¡Demonios! Jefe, suelte a la chica —pidió Shorr, temblando de pánico.

—No lo haga —aulló Vey—. Está mintiendo; ella no puede volar la nave.

—Pruebe a disparar un solo tiro contra el señor Crannan y lo haré —dijo María, desafiante.

Jarliss vacilaba. Su ignorancia le hacía sentir miedo, aunque la furia no le abandonaba un solo momento.

—Está bien —dijo—. Le perdonaré la vida, pero lo mantendré encerrado hasta mi regreso. Eso o nada —exigió tajantemente.

—No —rechazó María—. Vuelvan a su cámara. Les guste o no, soy el capitán y tienen que obedecerme. No aceptaré ningún trato con ustedes.

—Ya lo ha oído, Jarliss —dije yo—. Deje el arma y vuelva a la cámara.

Hubo un momento de silencio. Gaunt y Shorr retrocedieron dos o tres metros en el pasillo de acceso a la cabina.

—Nosotros aceptamos esas condiciones —dijo Gaunt

— ¿Vey?

El aludido masculló algo entre dientes.

— ¡No te vayas, Bert! —rugió Jarliss—. Quédate conmigo y...

En aquel momento, sucedió algo inesperado.

Todos nos habíamos olvidado de que había una persona más a bordo. Súbitamente, una mano apareció en el pasillo.

La mano sostenía un cazo de agua hirviendo, parte de la cual cayó sobre las espaldas de Vey, penetrando a través de la abertura del cuello de su chaqueta. El pandillero lanzó un rugido atronador.

Jarliss se sobresaltó. María aprovechó la ocasión para darle un tremendo empellón y echarse a un lado.

Desconcertado durante unos instantes, Jarliss se quedó sin saber qué hacer. Tras él, Vey lanzaba espantosos alaridos a causa del dolor que sentía en la espalda, abrasada por el agua caliente.

Yo no podía perder el tiempo. Me agaché velozmente, recogí la pistola y, acuclillado, hice fuego casi al azar.

Jarliss se tambaleó. Dejó caer el arma y se llevó la mano izquierda al hombro derecho. Luego cayó de rodillas, sollozando de dolor y de rabia.

Daisy apareció por la puerta de la cocina, sonriendo alegremente.

— ¿Hace falta más agua hirviendo? —preguntó.

* * *

La situación estaba nuevamente dominada.

Daisy había demostrado ser una enfermera auténtica. Las curas que hizo a los lesionados resultaron sumamente eficaces. Jarliss y sus acólitos se sentían tremendamente abatidos en su nuevo encierro.

Después de solucionados tan críticos momentos, Daisy preparó café, que tomamos en la misma cocinilla.

—Fue una suerte que no se acordaran de usted —dije.

Ella sonrió.

—Yo creo que sí pensaron en mí, pero como no conocían el interior de la nave, no quisieron correr riesgos buscándome. Lo hubieran hecho más tarde, de haber triunfado en su motín.

—Por fortuna, no sucedió así —dijo María—. Pero Daisy, ¿cómo se te ocurrió lo del agua hirviendo?

—Estaba preparando la sopa para la cena —explicó la rubia sonriendo—. Claro que tenía mi pistola, pero estimé que podría resultar peligroso, mientras estabas en poder de Jarliss. Yo lo oía todo, escondida tras la puerta, y cuando vi que Gaunt y Shorr se retiraban, entonces me decidí a intervenir.

—El alarido que soltó Vey sobresaltó mucho a Jarliss —comenté yo.

—Sí, contaba con que sucedería algo por el estilo. También me figuré que usted no se estaría quieto.

Respiré profundamente.

—Las cosas han salido bien, pero debemos evitar a toda costa que se repita —dije.

—Le voy a dar un consejo, Johnny —indicó Daisy—. Tenga cuidado con Jarliss y, más todavía, con Vey. Son dos tipos de lo peorcito que uno se puede encontrar por esos mundos de Dios, y, en cuanto puedan, se la jugarán de a puño.

—Shorr y Gaunt parecen mejores —opinó María.

—No te fíes. Vieron las cosas mal y obraron con prudencia, pero eso no indica buenos sentimientos. Si su jefe no hubiese fracasado, no habrían sentido la menor compasión por Johnny y hubieran ayudado a Jarliss con mucho gusto en torturarte para que los devolvieses a la Tierra. En el caso de esos dos tipos, discreción no significa bondad en modo alguno.

—Lo tendré en cuenta —dije.

Fue un buen consejo, tan bueno, como malo el resto del viaje, con los nervios en tensión, temiendo a cada momento una nueva

intentona por parte de aquellos indeseables. Las dos mujeres y yo nos turnamos para una vigilancia continua, lo que evitó otros motines.

Y como todo, en este mundo, tiene su fin, inevitablemente hubo de llegar el de nuestro viaje.

CAPÍTULO XI

La astronave describió unas cuantas órbitas en torno a Marte, de diámetro gradualmente decreciente, hasta que de allá abajo nos llegó la orden de maniobrar para el descenso.

Stuyler nos observaba perfectamente con un telescopio. La comunicación por radio se efectuaba sin dificultad alguna.

María había desconectado el motor de gravedad artificial. La de Marte ya tiraba de nosotros hacia abajo.

—Muy bien, María —aprobó el profesor—. La maniobra es correcta. Procura que el indicador de presión en las bombas esté cerca del máximo durante cinco mil metros. Después, cuando el altímetro señale diez mil deja que la presión baje a razón de una unidad cada cinco segundos. ¿Entendido?

—Sí, papá —contestó la muchacha.

—A los mil metros, la velocidad de descenso será de dos unidades cada veinte segundos. En los últimos quinientos metros, la

velocidad debe ser de dos unidades por minuto.

—De acuerdo.

Largos chorros de fuego brotaban de los escapes de la nave, refrenando su caída. Yo contemplaba el paisaje marciano, en nada parecido a las fantasías de los dibujantes. Era una tierra como otra cualquiera, árida en la mayor parte de las zonas, con algunas ligeras manchas de verdor que aliviaban un poco el monótono colorido ocre que era el dominante sobre los demás colores del suelo.

Había irregularidades: largos valles, de suaves laderas, cadenas de montañas de cimas aserradas y algún que otro barranco y también redondos cráteres, pero nada de los famosos canales que tantas polémicas habían despertado a finales del siglo pasado y principios del actual. Uno hubiera creído hallarse sobrevolando una zona desértica de la Tierra, sin especial interés visual.

Pero era el suelo de Marte y las cosas resultaban muy distintas. En aquellos momentos, nos hallábamos a una gran distancia del punto de partida.

De pronto, María dijo:

—No veo la otra nave. ¿Dónde puede estar?

—Quizá se destrozó en el aterrizaje y eso es lo que impidió el regreso a tu padre —sugerí.

—Tal vez —admitió ella, meditabunda.

La postura de la nave impedía ver los detalles situados directamente bajo nosotros. Había un círculo de cinco o seis kilómetros, con el centro situado bajo la vertical de la *Tía Fanny,* en el que sus detalles nos resultaban invisibles. Naturalmente, a medida que descendíamos, el círculo se estrechaba.

Pero todavía estábamos a unos diez mil metros de altura. La nave continuaba arrojando ríos de fuego por las toberas de escape.

—Así, muy bien —dijo Stuyler de pronto—. Lo estás haciendo a la perfección, María.

—Profesor, ¿está usted en el exterior o en el interior de algún habitáculo a presión?

—Ahora estoy fuera. Con máscara de oxígeno, el ambiente es perfectamente soportable. Por supuesto, también se necesita ropa de abrigo, aunque en estos momentos la temperatura es de unos tres o cuatro grados sobre cero.

—Entendido, profesor. Supongo que regresará pronto con nosotros.

— ¿Por qué pronto, Johnny?

—Verá..., no se lo hemos querido decir hasta ahora, para no preocuparle, puesto que estando María a bordo, usted se podría alarmar. Pero traemos cinco polizones.

— ¡Rayos! —juró Stuyler—. ¿Estás en tu sano juicio, muchacho? Has dicho cinco polizones, si no he entendido mal.

—En efecto, cinco personas más a bordo. En total, siete viajeros. Lo que no me he traído, sin embargo, es un perro; «Jackie» murió hace años y ya no he querido sustituirlo.

—Déjate de bromas, Johnny —rezongó Stuyler—. Pero, ¿qué diablos hacen ahí esas cinco personas?

—La verdad es que no están muy por su gusto que digamos. Uno de los pasajeros es un viejo amigo suyo. Se llama Red Jarliss.

Hubo un momento de silencio. Luego. Stuyler, lentamente, dijo:

—La verdad, he conocido a gentes rencorosas, pero a nadie que fuese capaz de esperar quince años y recorrer sesenta y tantos millones de kilómetros para vengarse.

* * *

Enormes chorros de vapor y arena pulverizada subieron a lo alto durante minutos, una vez nos hubimos posado en el suelo. Fue preciso esperar, además, un buen rato, a fin de que la superficie se enfriase, después de soportar las atroces temperaturas provocadas por la eyección de los gases.

Mientras tanto, nos preparamos para abandonar la nave. A Daisy

la entrenamos en el uso de la máscara de oxígeno, cosa que, habiendo sido enfermera, no le resultó difícil. Nos pusimos ropas de abrigo, gruesos chaquetones de piel, así como pantalones forrados del mismo material, y luego salimos de la esclusa a la jaula que nos llevaría al suelo marciano, situado a casi ciento cincuenta metros de distancia.

El aparato funcionó a la perfección. Cuando estábamos a punto de llegar, vimos a un hombre que se acercaba a nosotros. A lo lejos, unos dos o tres kilómetros, vimos un par de cúpulas de plástico transparente.

Será mejor que pasemos por alto el emocionante momento de la llegada. Además, las efusiones quedaron limitadas por las máscaras y los trajes de abrigo. Yo presenté a Daisy y el profesor la saludó con vivaces movimientos de cabeza. Pese a la máscara, pude apreciar que se conservaba estupendamente.

Claro que allí, a la fuerza, había hecho una vida muy higiénica. Si su mente había soportado la soledad, la salud del cuerpo, en un hombre que nunca había padecido graves enfermedades, tenía que haber sido magnífica en todo momento.

Stuyler nos condujo a su alojamiento. Las cúpulas, según pude apreciar, tenían unos cien metros de diámetro por treinta de altura. Antes, sin embargo, vi algo que me llenó de asombro.

— ¡Arboles! —exclamé, sin poder contenerme.

—Así es —confirmó Stuyler—. Más concretamente abetos. Son muy resistentes, aunque la verdad es que me ha costado ímprobos trabajos conseguir su aclimatación. Estos no crecerán mucho, pero sus retoños tendrán características terrestres. María, ¿has traído las cajas que te indiqué en mis últimas instrucciones?

—Sí, papá; todo está en la nave. Pero, ¿y la tuya? —preguntó la muchacha.

—Luego hablaremos de ese asunto, hija.

Yo me sentía devorado por la curiosidad. Había tantas cosas que ver, tantas cosas por conocer, tantas explicaciones por recibir...

Cruzamos una corriente de agua, de curso muy rápido, que, según pudimos apreciar, se desplomaba en una caída vertical a unos cien metros de distancia. Había una derivación por un pequeño canal y Stuyler lo explicó en el acto:

—Mi pequeña central de fuerza —dijo—. Por eso establecí aquí mi campamento; los generadores de la nave no podían durar eternamente.

Debajo de una de las cúpulas vimos plantas.

—Mi huerta —dijo Stuyler complacidamente.

En la otra cúpula…

— ¡Atiza! —exclamé, sin poder contenerme—. Hay gallinas…

—Todavía tienes que ver más, Johnny —sonrió Stuyler bajo la máscara—. Pero primero vamos a casa; allí tendremos tiempo de hablar de sobra.

Había una esclusa para pasar al interior de la cúpula. La casa estaba en uno de los lados y había sido construida con trozos de plancha traídos de la astronave. Era un habitáculo rudimentario, pero, teniendo en cuenta que bajo la cúpula no llovía nunca y que la temperatura era constante, se podía disculpar lo deficiente de la construcción.

Una vez en el interior, pudimos quitarnos las máscaras de oxígeno. No obstante, la presión era más bien escasa.

—Equivale a tres mil quinientos metros de altitud en la Tierra —dijo Stuyler—. Tengo ensalada fresca, recolectada de mi huerto —anunció.

—Aquí hay de todo —dijo Daisy, pasmada.

—No te engañes, muchacha —sonrió el profesor—. Las semillas se desarrollaron bien y ahora, cuando haya montado las dos nuevas cúpulas, podré ensanchar mi huerto. En el siguiente viaje que hagáis…

—Profesor —le interrumpí severamente—, olvida usted que hemos venido a rescatarle.

Stuyler me dirigió una mirada de reojo.

— ¿A rescatarme? ¿Y quién ha pedido ser rescatado, vamos a ver? —contestó sorprendentemente.

—Pero yo creí…

—Papá, ¿es que piensas quedarte aquí toda la vida? —exclamó

María, no menos estupefacta que yo.

—Claro, hijita. ¿Qué diablos pinto yo en la Tierra? Aquí se vive estupendamente, tengo de todo lo que necesito, no hay aglomeraciones ni ruidos ni molestias; la atmósfera es limpísima y verdaderamente pura. ¿Para qué diablos quiero volver yo a ese infecto planeta llamado Tierra?

Yo empecé a comprender la verdad.

—Empiezo a darme cuenta —dije—, de que si usted no ha regresado, no ha sido por una avería de su nave.

—Exactamente, Johnny —confirmó Stuyler—. Podría haber vuelto si lo hubiese deseado, pero no quise hacerlo y me quedé en Marte, plenamente consciente de la decisión que tomaba.

* * *

En cierto modo, no se podía decir que el profesor hubiese obrado erróneamente. Tenía un magnífico aspecto y a sus sesenta años aún no cumplidos, aparentaba diez o doce menos. Su tez estaba curtida por el sol y el viento y se mostraba con una fuerza y una agilidad realmente sorprendentes.

Tomamos la ensalada y unos jugos de tomate. Stuyler se sentía enormemente satisfecho.

— ¿Cuántas personas pueden decir lo mismo? Lechugas, rábanos, cebollas y tomates marcianos. Tan buenos como los terrestres y sin sombra alguna de insecticida...

—Profesor, usted tenía una hija en la Tierra —corté su exultante discurso con cierta severidad.

—María sabrá perdonarme. Ella estuvo mejor atendida por mis hermanos que lo hubiera estado conmigo. ¿No es así, hija?

—Sí, papá —contestó ella, pero lo decía para no desilusionarle.

—De modo que decidió quedarse aquí, profesor.

—Sí. Hay mucho que hacer en Marte. La verdad, no he tenido tiempo de aburrirme en quince años. Experimentos, prácticas, exploraciones, trabajo, aclimatación de mis animales...

—Se trajo animales —dije.

—Sí. Huevos de gallina fecundados y un par de ovejas, también fecundadas, aunque a éstas tuve que transportarlas sometidas a hibernación.

— ¡Ovejas! —resopló Daisy.

— ¿Te extraña, muchacha? —rió Stuyler—. Mira a tus espaldas, por favor.

Nosotros también lo hicimos. A través de la ventana de aquella cabaña de metal, pudimos ver un pequeño rebaño de ovejas que pastaban fuera de la cúpula.

—Están en el exterior —dije, atónito.

—Aclimatación —aclaró Stuyler sucintamente—. Me ha costado muchos esfuerzos y muchas pruebas, pero he dispuesto de casi treinta generaciones de ovinos para conseguir este resultado.

—Lástima que no haya plantado vides —dije, sentándome desmayadamente en un rústico taburete hecho de rocas—. Ahora mismo me tomaría un buen trago de su vino. Lo estoy necesitando, profesor.

—Con el tiempo, tal vez ensaye plantar vides —admitió Stuyler con toda naturalidad—. Por el momento, sin embargo, he considerado más urgente otras plantas de mayor necesidad. Trigo, por ejemplo.

— ¿Ha granado? —preguntó María.

El profesor señaló unas rebanadas que había sobre un plato.

—Este año, al fin, lo he conseguido —dijo. Y, casi con unción religiosa, añadió—: Estáis comiendo el primer pan marciano.

CAPÍTULO XII

Era ir de sorpresa en sorpresa, si un momento de respiro.

Lo que había hecho aquel Robinson marciano en quince años era increíble…, pero lo estábamos viendo y no podíamos dudar de su palabra.

—Entonces, un día se podrá vivir aquí —dije a poco.

—Efectivamente, aunque aclimatar el organismo humano a la vida al aire libre costará un poco más que me ha costado aclimatar a las ovejas. Respecto a las plantas, ya he hecho pruebas, algunas de ellas muy satisfactorias. Naturalmente, para mi alimentación, las tengo bajo cúpulas, pero no dejo de experimentar continuamente.

»Me traje las ovejas porque es un animal fuerte y resistente y ocupaban poco sitio en la astronave —continuó el profesor—. Acaso hubiera resultado mejor una pareja de yaks, bueyes del Himalaya, pero todos convendrán conmigo en que resultaba exagerado por el volumen. A fin de cuentas, en el futuro, se traerán otros animales y acabarán por aclimatarse al planeta. Y habrá árboles y las condiciones ambientales mejorarán, aunque, en la superficie, Marte siempre será un planeta escaso en agua. Pero no hay que olvidar que en los primeros momentos, yo obtenía agua por descomposición primero y luego combinación de los elementos que componen las rocas, es decir, extrayendo el hidrógeno y el oxígeno y combinándolos después.

—En el futuro, se construirán máquinas gigantescas, semejantes a la suya —vaticiné.

—Exactamente —corroboró el profesor—. El agua no será nunca problema, sin olvidar los manantiales subterráneos, que también los hay.

—Hemos visto uno a la llegada, papá —dijo María.

—Sí, es el fruto de unos cuantos años de exploración y estudios geológicos. Quiero decir que no empleé solamente esos años en buscar el manantial, sino que alternaba los distintos trabajos, siguiendo un orden preestablecido, tras numerosas experiencias.

—Hay una cosa que me extraña un poco —terció Daisy inesperadamente.

—Dígame, muchacha— pidió el profesor con acento benigno.

—Bueno, yo no es que entienda mucho de estas cosas, pero antes dijo usted que estábamos comiendo el primer pan marciano.

—Así es, en efecto.

—Lo que me extraña es que haya tardado quince años en tener trigo para obtener harina, profesor. Eso es lo que no acabo de entender, porque el trigo no necesita quince años para granar.

Stuyler sonrió.

—Temo haberme expresado mal antes. Cuando dije el primer pan marciano, me refería a pan obtenido de trigo cultivado directamente sobre la superficie del planeta, no bajo las cúpulas, en condiciones ambientales completamente terrestres, que resultaron fáciles de reproducir. Los quince años han sido empleados en encontrar la variedad capaz de ser sembrada, crecer y granar en el exterior. A eso es lo que yo me refería antes —explicó el profesor.

—Ahora le entendemos —dije—. Pero encontrar una variedad de trigo de esa clase habrá exigido también un estudio previo de terrenos, abonos, épocas de siembra… En fin, eso es más bien propio de un botánico o de un experto en agronomía.

—Muchacho, cuando yo estaba en la Tierra construyendo mi nave, ¿piensas que no hacía nada más? Estudié muchas cosas, que podían resultarme útiles para mi supervivencia en Marte, desde la cría de ganado a la agricultura..., y hasta el arte de arreglar un grifo o techar una casa.

—Vamos, que es usted una enciclopedia viviente —dijo Daisy, riendo.

—Algo por el estilo —admitid Stuyler llanamente.

—Y todo eso lo ha hecho para darles en las narices a los de la NASA, que no quisieron escucharle años atrás cuando usted les habló de sus proyectos —dije yo.

Stuyler sacudió la cabeza.

—No, no ha sido ése el motivo fundamental, aunque no niego que haya tenido cierta parte en mi decisión —contestó—. El principal motivo de mis acciones ha sido preparar el futuro de la Tierra, procurar la expansión de sus habitantes por el Sistema Solar. Nos guste o no, llegará indefectiblemente el día en que la Tierra se nos quede pequeña y sea preciso emigrar. Las condiciones de vida en la Luna son malas, sólo los expertos pueden vivir allí.

»En cambio, en Marte, con el transcurso de los tiempos, la gente se aclimatará y poblarán el planeta. Se producirá un flujo emigratorio y las gentes vendrán a vivir aquí. Nacerán auténticos marcianos y el planeta será un día emporio de civilización y riqueza. Por eso lo hice principalmente, mucho más que por despecho —concluyó.

Callamos unos momentos, emocionados por aquellas palabras. De pronto María rompió el silencio:

—Papá, ¿dónde está tu astronave? Aún no nos lo has dicho.

Stuyler se echó a reír.

—A unos cinco o seis kilómetros, en el fondo de un cráter que divisé desde la órbita de aproximación —contestó—. Su estado es perfecto y podría despegar ahora sin el menor inconveniente.

—Vaya, siempre es un consuelo saberlo —comenté.

* * *

Los cuatro prisioneros me miraron de muy mal talante cuando Daisy y yo les llevamos la comida.

—Al menos —gruñó Vey—, podrían dejarnos salir a pasear un poco por la superficie del planeta.

—Ni hablar —denegué—. Aquí estarán hasta el regreso.

—Yo no tengo ningún problema con la policía, señor Crannan —dijo Gaunt—. A mí no me harán nada cuando regrese.

—Salvo lo que se derive de la evasión de tu jefe —contesté.

—Yo no le ayudé. Simplemente, su hermano me contrató como guardaespaldas de él. Pero no hay nada legal contra mí.

—Veremos—contesté cautamente—. De todas formas, la cámara es relativamente amplia y pueden caminar diez pasos en cada sentido. Esto será suficiente para que hagan su ejercicio..., y todavía no he visto morir a nadie por unos cuantos meses de encierro en un cuarto.

Y me dispuse a cerrar la puerta, pero Jarliss levantó una mano para llamar mi atención.

—Hable, Jarliss —invité.

—Habrán encontrado al profesor, supongo —dijo el forajido.

—Su estado de salud es inmejorable —repuse.

—Muy bien, dígale que cuando hayamos vuelto a la Tierra, ajustaremos cuentas.

—Las ajustará usted con la ley, Jarliss, porque lo crea o no, el profesor se queda aquí para siempre.

El portazo que di me impidió oír la obscena respuesta de aquel repugnante individuo, cuyo rencor ya no parecía propio de una persona normal, sino, de un psicópata al que sólo un tratamiento adecuado podría curar.

Pero no habíamos venido a Marte para sanar una mente enferma. Ya se ocuparían de él en la Tierra.

Una vez hube cerrado, miré a Daisy.

— ¿Qué te parece la proposición de Gaunt? Dijiste que no se podía fiar de él ni de Shorr...

—Parece sincero —contestó Daisy—. Es probable que, en efecto, esté limpio ante la policía, y si tú consientes en que nos ayude, él sabe que el informe que puedas dar a la vuelta le ayudará mucho para no sufrir inconvenientes.

—Muy bien, estudiaremos ese asunto. La verdad es que no nos

vendría mal su ayuda. Mañana empezamos la descarga de lo que hemos traído y un par de brazos nunca resultarán superfluos.

El profesor y María se mostraron conformes en dar una oportunidad a Gaunt. Cuando se lo dije a la mañana siguiente, Jarliss se volcó en invectivas contra él, llamándolo de todo. Gaunt se encogió de hombros y abandonó el encierro.

—Ese tipo está loco —calificó, al salir de la cámara—. Si no hubiera cometido el asesinato y la condena y se debiera a una falsa declaración de Stuyler, yo me explicaría su rencor, pero durante el viaje dijo más de una vez que sí, que él se había cargado al tipo, por cuya muerte lo sentenciaron. Entonces, ¿de qué se queja?

—Es un punto de vista, Dick —dije sonriendo.

—Jarliss es un cobarde, con todo lo que aparenta. Al menos, debiera tener la hombría de aceptar las consecuencias de sus hechos. Pero no, la culpa es del profesor porque declaró la verdad de lo que vio... Pero no hablemos más de él, señor Crannan. ¿Qué es lo que hay que hacer?

Hice un gesto de asentimiento.

—Primero bajaremos la plataforma móvil. Hay muchos bultos que transportar y el aparato nos resolverá la cuestión de transporte. Yo le enseñaré a manejarla y también el uso de la máscara de oxígeno...

* * *

Los trabajos dieron comienzo sin pérdida de tiempo.

Daisy me ayudaba en la nave. Gaunt estaba abajo y hacía viajes continuamente a las cúpulas, en donde María y su padre recibían la carga y la clasificaban.

Montamos dos nuevas cúpulas, ambas mayores que las ya existentes. Sacos con semillas y cajas con herramientas fueron desembarcados casi sin cesar, así como materiales e instrumentos que el profesor no había podido llevar en el primer viaje.

Una semana más tarde, la astronave estaba prácticamente descargada de todo lo que había transportado para dejarlo en Marte. Una idea me bullía a mí en la cabeza, pero antes de ponerla en práctica, preferí consultarlo con María.

Busqué un pretexto cualquiera y me la llevé aparte. Ella me miró con curiosidad.

— ¿Sucede algo, Johnny? —preguntó.

—Sí. Tengo que decirte una cosa muy importante.

— ¿Tan importante como para no expresarla delante de los demás?

—Es que lo que yo tengo que decirte ha de ser reservadamente, María.

—Vamos, Johnny, no me alarmes. ¿De qué se trata?

— ¿Es que no lo comprendes? —dije, sonriendo—. Quiero casarme contigo.

— ¡Oh! —exclamó—. Ah, era eso, Johnny.

—Bueno, cualquiera diría que es una cosa sin importancia.

María se echó a reír, mientras se colgaba de mi cuello.

—Claro que la tiene, cariño —respondió—. Y si quieres que te diga la verdad, empezaba ya a desesperar de que te decidieras algún día a pedírmelo.

—Bueno, pues ya está hecho. —La besé, cosa que pareció gustarle mucho, y luego agregué—: Ahora quiero consultarte una cosa, María.

—Dime, Johnny.

—Vamos a casarnos, pero, ¿quién oficiará en la ceremonia? A mí se me había ocurrido una idea...

Alguien gritó, interrumpiéndome de manera muy poco oportuna.

—Señor Crannan —llamó Gaunt—. Mire hacia la llanura. Creo que dentro de poco vamos a tener huéspedes.

Volví la cabeza. La sangre se me heló en las venas al divisar a tres sujetos que avanzaban a paso de carga hacia las cúpulas.

CAPÍTULO XIII

¿Cómo habían conseguido escapar Jarliss y sus compinches?

—Ese maldito psicópata —rezongué, mientras, agarrando a María de la mano, corrí hacia la cabaña—. Vamos a ver cómo solucionamos este problema.

Jarliss y sus acólitos estaban a unos trescientos metros de distancia todavía. Llevaban máscaras de oxígeno y pude ver una pistola en la mano de Jarliss. Vey era portador de una rara mochila a la espalda, cuyo objeto no comprendí en el primer momento.

Stuyler, Daisy y Gaunt nos aguardaban ya en la puerta de la cabaña.

—Las armas —dije.

—Están en la astronave —contestó Daisy—. Las guardé en un armario.

Me llevé una mano a la frente.

—Es lo que nos faltaba —dije.

—Pero, ¿quién iba a pensar que se escaparían? —exclamó

María.

—Nosotros debimos haberlo pensado. —Me volví hacia Stuyler —. Profesor, ¿tiene armas aquí?

—Palas, algún pico, un hacha, cuchillos... —contestó el interpelado.

—Eso no nos sirve contra una pistola —contesté.

Los forajidos estaban cada vez más cerca. Dentro de unos minutos, nuestra situación se haría crítica.

De pronto, María exclamó:

— ¡Mira, Johnny; llevan un soplete!

La sangre se me heló en las venas al comprender las intenciones de Jarliss.

—Es preciso que nos pongamos las máscaras de oxígeno cuanto antes —dije—. Vamos, rápido, no perdamos tiempo.

Mi sugerencia fue aceptada y puesta en práctica sin dilación. Apenas lo habíamos hecho, Jarliss, a cien metros Se distancia, hizo fuego.

Las balas, debido a la menor gravedad de Marte, un tercio de la terrestre, alcanzaban a mayor distancia, como es lógico, pero seguían conservando íntegra su masa, lo que hizo que el proyectil atravesara fácilmente la cúpula en que nos hallábamos.

El aire empezó a escaparse en el acto. Un chorro de vapor blanquecino brotó de la cúpula, a un par de metros del suelo.

—No teman —dijo el profesor—. Esto tiene fácil solución.

Buscó en un estante y sacó un tubo de metal, semejante a un extintor de incendios de pequeño tamaño. Asomó la espita fuera de la puerta, presionó la válvula y un chorro de algo que parecía gas brotó en el acto del aparato.

El gas formó en seguida una esfera de aspecto consistente, pastoso, que flotó en el aire, dirigiéndose hacia el orificio abierto por el proyectil. Al llegar allí, la misma presión lo aplastó contra el orificio, que resultó así obturado en el acto.

—Eso sí que es un parche rápido —dijo Gaunt, admirado.

—Lo traje en mi nave, pensando en que un día podía producirse una perforación en alguna cúpula —explicó Stuyler—. Nunca imaginé, sin embargo, que esa perforación se debería a un proyectil de arma de fuego.

¡Bang!

Jarliss disparó otra vez, ahora a lo alto. De nuevo se produjo un agujero a unos diez o doce metros sobre el suelo.

Stuyler tapó la perforación por el mismo procedimiento. Rabioso, Jarliss disparó tres o cuatro disparos seguidos, sin conseguir otro resultado que hacer bajar ligeramente la presión en el interior de la cúpula.

Jarliss parecía muy furioso. De pronto, movió una mano.

Vey avanzó unos cuantos pasos cautelosamente, con la espita del soplete en las manos. Yo sentí frío.

El agujero que abriría la llama del soplete sería mucho mayor. La presión bajaría casi instantáneamente y no habría forma de obturar aquella perforación.

Vey sonreía sardónicamente. De repente, di media vuelta y abandoné la cabaña.

Las cúpulas tenían corredores de enlace, con esclusas muy sencillas, de apertura y cierre automáticos. Pasé a una de las nuevas cúpulas y busqué la esclusa de salida, situada en el extremo opuesto al que se hallaban los forajidos.

María me vio y gritó algo, pero no hice caso. Continué corriendo y, al fin, salí al exterior.

Las cuatro cúpulas formaban un conjunto cuyo perímetro era de unos mil metros en total. Fuera de ellas, el suelo era un tanto irregular y yo busqué una pequeña zanja natural, a lo largo de la cual me arrastré hasta situarme en las inmediaciones de los forajidos.

Había piedras en el suelo, naturalmente. Era la única arma de que disponía.

Vey estaba ya a punto de alcanzar la cúpula. Le vi pararse unos

momentos y encender el soplete.

Entonces me erguí, a cincuenta o sesenta metros de distancia, con una piedra que en la Tierra habría pesado más de tres kilos. En Marte, no pasaba de uno.

La masa, sin embargo, era la misma y para sacarla de su momento de inercia estática se necesitaba una fuerza idéntica a la que habría hecho falta en la Tierra. Pero una vez en vuelo, debido a la menor gravedad, el alcance sería mayor, lógicamente. El impacto, en cambio, sería el mismo que si se recibiese en la Tierra.

El pedrusco voló, disparado con todas mis fuerzas. Tuve buena puntería y Vey recibió el impacto en un hombro.

Busqué otra piedra. Oí el ligero silbido de una bala, pero no hice el menor caso.

Otra piedra salió disparada. Vey, que había caído al primer impacto y que se estaba levantando, recibió el proyectil en la espalda, justo en el tanque de combustible del soplete.

Una violenta explosión se produjo en el acto. Vey quedó envuelto en fuego instantáneamente. Corrió como un loco unos cuantos metros y, al fin se desplomó en tierra, rodeado por las llamas.

En aquel momento, sentí un terrible latigazo en el brazo izquierdo.

Me tambaleé. Jarliss me había alcanzado con una bala. Pero ya tenía otra piedra en la mano y pude lanzarla, alcanzándole en el estómago.

Jarliss cayó sentado. La pistola se escapó de su mano y Shorr se precipitó a recogerla. Las piedras empezaron a llover de repente a su alrededor.

Gaunt había salido para ayudarme y su presencia fue decisiva. El hecho de que los pedruscos volaran con tanto ímpetu, amedrentó a los forajidos, quienes, pese a disponer de un arma de fuego, acabaron por retirarse a prudente distancia.

La sangre me corría por el brazo, en el que sentía un vivo dolor. No obstante, podía moverlo, lo que me dijo que el proyectil no se había incrustado en el hueso.

—Volvamos a la cúpula, Dick —sugerí.

Gaunt lanzó una mirada al cuerpo de su ex compinche, que se consumía lentamente y se estremeció.

—Ha sido horrible —calificó.

—El se lo buscó, ¿no? —contesté.

Mordiéndome los labios, emprendí el regreso. María se asustó al ver mi mano izquierda llena de sangre.

—No es nada —dije—. Creo que se trata de un simple sedal en el brazo.

—Aquí es donde yo entro en funciones —exclamó Daisy—. Profesor, ¿dónde tiene los elementos de cura?

Daisy probó concluyentemente no haber olvidado su profesión. Al terminar la cura, me sentí mucho mejor.

—No debiste haber abandonado el oficio —dije.

Ella se sonrojó.

—Todos cometemos errores —contestó.

María me dio una taza de café con algo de licor, que me entonó notablemente. Luego miré el bulto carbonizado que yacía a pocos metros de la cúpula.

—Dick, tendremos que enterrarlo —dije.

—Sí, señor Crannan —respondió Gaunt.

Stuyler parecía muy abatido. María lo advirtió y se preocupó.

— ¿Qué te ocurre, papá? —preguntó.

— ¿Es que no lo ves? Yo llegué a Marte para hacer de este planeta un mundo de paz..., y ya se ha producido la primera muerte violenta. Somos siete seres humanos y estamos divididos en dos bandos antagónicos.

—La culpa no es suya, profesor —dije yo—. Ni usted ni nosotros tenemos nada que reprocharnos. Todo lo contrario —agregué—; su actitud, ha hecho que dos personas del otro bando se unieran al

nuestro.

—Lo que representa una victoria, bien mirado —manifestó María.

—Sí, por afuera quedan dos.

—Y parece que ahora quieren parlamentar —exclamó Daisy de repente.

Volvimos la cabeza. Jarliss y Shorr avanzaban hacia nosotros, el primero con un pañuelo blanco en la mano, que hacía ondear sobre su cabeza.

CAPÍTULO XIV

De común consentimiento, me encargué de parlamentar con los forajidos. La herida, aunque me había dejado algo más débil, no me impedía caminar y salí al encuentro de la pareja.

—Hable, Jarliss —invité secamente.

—Sólo quiero decirle una cosa, Crannan. Traiga a María Stuyler y los dejaremos en paz —expresó el bandido sin rodeos.

— ¿Para qué la quiere? —pregunté.

—Ella sabe pilotar la nave. Deseamos volver a la Tierra, eso es todo.

La indignación me impidió contestarle durante unos segundos.

— ¿Me toma por loco? ¿Piensa que soy tan tonto como para acceder a su estúpida proposición? —dije al cabo.

Jarliss se encogió de hombros.

—Tienen veinticuatro horas para tomar una decisión —contestó —. Si mañana a esta misma hora no está aquí María Stuyler, la decisión será nuestra.

— ¿De veras? Y, ¿qué nos harán, Jarliss?

—Tenemos las pistolas y no cometeremos más errores. No siempre van a estar tapando los agujeros de las cúpulas. Imagínese el resto.

—Me parece que dentro de veinticuatro horas, nuestra respuesta será la misma —dije.

—Bien, ya lo sabe. No volveré a repetírselo más, Crannan.

—En eso estoy de acuerdo, Jarliss. No lo repita de nuevo ni vuelva con bandera de parlamento, porque no les haremos caso.

—Perfectamente, eso es todo.

Los bandidos se disponían a retirarse y entonces recordé una cosa.

— ¡Jarliss! —llamé.

—Dígame, Crannan —contestó el aludido.

— ¿Cómo consiguieron escapar de su encierro?

Una burlona sonrisa se formó en los labios de Jarliss, bajo la máscara de oxígeno.

—Esta vez tuvimos más tiempo —contestó—. Los conductores de aireación nos sirvieron a las mil maravillas.

—Entiendo. Uno no puede estar en todo, Jarliss.

—Sí, desde luego y, a fin de cuentas, también empezamos nosotros a conocer la astronave por dentro. Pero queremos volver a la Tierra, ¿me comprende?

—No con María sola con ustedes dos, eso nunca —declaré con energía.

—Entonces, ahí se quedarán todos para siempre.

—Y usted pilotará la *Tía Fanny,* ¿verdad?

Jarliss no contestó. Hizo un gesto con la mano y emprendió el regreso, seguido de Shorr, que no había despegado los labios un solo momento.

* * *

—Quieren que María se vaya con ellos —dije, apenas estuve de vuelta.

— ¡Rayos! —gruñó Gaunt.

— ¿Se han vuelto locos? —exclamó Daisy.

—Según su modo de pensar, no. Prometen respetarnos, a cambio de que María los devuelva a la Tierra.

Ella me miró fijamente.

— ¿Qué dices tú, Johnny? —preguntó.

— ¿No te lo imaginas?

Stuyler dio un paso hacia adelante.

—No sacrificaré a mi hija —declaró—. Yo iré.

— ¡Profesor! —exclamé.

—Ya está decidido. Si lo que quieren esos sujetos es ir a la Tierra, yo los llevaré.

—Papá —dijo María, estremecida de pánico.

—No lo hará usted, profesor; yo no lo consentiré —dije.

— ¿Por qué no, muchacho? Lo que quieren esos es volver a la

Tierra, ¿no? Se les complace y ya está.

—Aguarde un momento, profesor —dije—. Me parece muy bien que usted se quiera sacrificar por María, pero yo no quiero que ella pase unos cuantos años de angustia. Si ella es su hija, pronto será mi esposa y tengo que pensar en esto por encima de todo.

Stuyler miró a la muchacha por encima de sus antiparras.

— ¿Es cierto eso, hija? —preguntó.

—Sí, papá. Espero que no pongas ningún inconveniente…

— ¿Cómo podría ponerlo? —sonrió Stuyler—. Puede decirse que estaba aguardando este momento desde hace quince años.

Yo levanté los brazos al cielo.

— ¡Lo tenía todo previsto! —exclamé.

Daisy y Gaunt se echaron a reír. María se colgó de mi brazo sano.

—Haré lo que tú digas, querido —manifestó.

—Una cosa es segura —afirmé—. No accederé a lo que pide Jarliss y el profesor no se irá con ellos tampoco. Dick, ¿está dispuesto a ayudarme?

— ¿Qué es lo que debo hacer, señor Crannan? —preguntó Gaunt.

—A la noche se lo diré. Vamos a intentar el rescate de la *Tía Fanny* —dije con resuelto acento.

— ¡Pero si no tienen armas! —alegó Daisy.

—Tengo una que no me fallará —aseguré, sin querer entrar en más detalles.

* * *

La duración del día marciano es sensiblemente igual a la del

terrestre, me refiero, naturalmente, al tiempo de rotación sobre su eje, que es de 24 horas, 37 minutos y 23 segundos. La diferencia, como se puede apreciar, es muy escasa.

Phobos y Deimos, los dos satélites de Marte, brillaban en el cielo cuando Gaunt y yo abandonábamos la cúpula. La luz que ambos satélites arrojaban sobre la superficie era prácticamente nula, dado su tamaño y las distancias respectivas. Deimos, sobre todo, apenas si era un puntito brillante en las alturas, a más de veintitrés mil kilómetros de distancia.

Phobos estaba más cerca, a unos nueve mil cuatrocientos kilómetros. Pero con sus cincuenta y ocho de diámetro tan sólo, poco podía hacer para alumbrarnos el camino.

No obstante, las estrellas brillaban en una atmósfera de una transparencia absoluta. A lo lejos, se divisaba la metálica silueta de la *Tía Fanny* y hacia allí era donde nos dirigíamos.

Antes de media hora, ya habíamos llegado al pie de la astronave. Como me imaginaba, la jaula estaba allá arriba.

Se trataba de ciento cincuenta metros de distancia y no había el menor asidero para poder llegar a la escotilla de acceso de la nave. Tampoco, por otra parte, pensábamos subir.

Gaunt ya estaba instruido sobre lo que debíamos hacer. Yo agarré una piedra y golpeé una de las patas sustentadoras de la nave.

Se oyó un sonido claramente metálico. Luego lancé una fingida exclamación de cólera.

— ¡Le dije que tuviera más cuidado, Dick!

—Lo siento, señor Crannan —respondió Gaunt a voz en cuello—. Ha sido sin querer. Tendré más cuidado en lo sucesivo.

Esperamos un par de minutos. Luego repetimos exactamente la misma operación, pronunciando idénticas frases.

Entonces sonó una voz en la escotilla superior:

— ¡Eh! ¿Qué diablos están haciendo ahí abajo?

Guiñé un ojo a mi ayudante.

— ¿Dónde están los explosivos, Gaunt? —grité.

— ¡Aquí, señor Crannan!

—Muy bien; vamos a ver si terminamos de colocarlos. Estamos perdiendo ya demasiado tiempo.

En el absoluto silencio de la noche marciana, nuestras palabras se escuchaban arriba con total claridad. Si gritábamos, era para compensar la menor densidad de la atmósfera de Marte, que podía causar dificultades en la propagación de los sonidos.

A prevención, Gaunt y yo nos habíamos situado bajo la estructura de la nave, de modo que, cuando sonó el primer disparo, la bala bajó verticalmente y se hundió en el suelo arenoso, sin causarnos el menor daño. Luego se oyó la voz de Jarliss.

— ¡Crannan!

— ¿Es usted, Jarliss? —contesté.

— ¿Quién diablos quiere que sea? —respondió el forajido malhumoradamente—. ¿Qué están haciendo ahí abajo?

—Colocamos explosivos, Jarliss —mentí.

Hice un gesto y Gaunt pegó otro golpe a la pata metálica. El ruido se propagó, vibrando hasta arriba, a lo largo de la estructura de la *Tía Fanny*.

— ¡Cuidado, Dick, o volaremos por los aires! —chillé, fingiendo terror.

—Pero, ¿qué rayos están haciendo, Crannan? —vociferó Jarliss.

—Ya se lo he dicho. Vamos a volar una de las patas sustentadoras. La astronave perderá el equilibrio, se ladeará y acabará por volcar. No les arriendo la ganancia, Jarliss.

La pistola disparó dos veces más, tan inútilmente como la primera.

—Si me hace bajar ahí, Crannan… —amenazó Jarliss.

De pronto, llegó hasta nosotros la voz del otro tipo.

—Ya lo tengo listo, jefe —dijo Shorr.

— ¿Seguro, Rafe?

—Seguro. Las instrucciones del libro son muy precisas y de gran sencillez.

— ¿Cuánto tardaremos en despegar, Rafe?

—Tres, cuatro minutos a lo sumo. Ya he metido **la** jaula. Sólo falta cerrar la escotilla y...

Gaunt, que había oído la conversación, lanzó un juramento.

— ¡Demonios! Señor Crannan, esos tipos pretenden largarse a la Tierra —exclamó.

Yo me puse pálido. En alguna parte, María había dejado el libro de instrucciones para el manejo de la nave, en el que había recopilado las que su padre le había dado por medio de los transmisores durante seis años, además de las que había dejado en su casa. Era un manual sumamente útil, que María había querido llevar consigo, para prevenir un posible fallo de memoria.

Y ahora, aquellos tipos lo habían encontrado y...

—Está bien, Rafe, no perdamos más tiempo. Larguémonos antes de que esos bastardos tengan tiempo de hacer estallar los explosivos —dijo Jarliss.

Mi plan de ataque se basaba en especulaciones meramente psicológicas. Yo confiaba en hacer descender a los dos sujetos, mediante la amenaza de unos explosivos imaginarios, pero ellos me habían ganado por la mano.

—Fuera de aquí, Dick —exclamé—. Esto se va a poner muy caliente dentro de unos minutos.

Gaunt no se hizo repetir el consejo. Echamos a correr como locos, apartándonos de la astronave, mientras yo maldecía de mi mala suerte. Recorrimos un kilómetro en menos de cinco minutos y todavía seguíamos corriendo cuando, de súbito, escuchamos un profundo rugido.

Divisé cerca de nosotros un desnivel del terreno y me lancé a él de cabeza, olvidado por completo del brazo herido. Luego, Gaunt y yo asomamos los ojos por el borde de la pequeña escarpadura.

La base de la astronave estaba envuelta en llamas y humo. El ruido era horrendo, atronador, intolerable.

De pronto, las llamas aumentaron en intensidad. «Se van», pensé amargamente.

Las patas de la astronave se levantaron cosa de dos o tres metros. Súbitamente, el enorme huso osciló a un lado y a otro.

Pude darme cuenta que de una de las toberas de eyección brotaban las llamas con menor intensidad. El aparato osciló a un lado y a otro y, al fin, con gran lentitud, cayó de lado.

El suelo tembló con el impacto, que causó un tremendo estrépito. Pero casi en el mismo momento, sucedió algo increíble.

La caída, o tal vez la impericia del piloto, hizo aumentar la potencia de propulsión. La astronave salió de repente disparada hacia adelante, dejando tras sí una colosal estela de fuego, humo y polvo.

Era un espectáculo anonadante. La astronave reptó a gran velocidad por el suelo, saltando, rebotando y trazando acentuados zigzags. Durante unos segundos, temí que se precipitara contra las cúpulas, pero un nuevo zigzag la hizo variar de rumbo y se alejó de los habitáculos, a cientos de kilómetros por hora.

El chorro de llamas se empequeñeció en la llanura. Jarliss y Shorr debían de estar ya muertos. No había quien soportase aquello en el interior de la nave, por muy bien atados a los asientos que estuvieran.

Un enorme muro de rocas se alzó de pronto ante la astronave. A pesar de la distancia, escuchamos claramente el primer ruido: el choque de la nave contra las rocas, a unos seis kilómetros de distancia.

Luego se produjo la explosión.

Miles de toneladas de combustible explotaron instantáneamente. Un colosal volcán de fuego subió a gran altura, alumbrando la noche con rojos resplandores. El estampido se propagó a enorme distancia y casi nos dejó sordos.

Pasaron algunos minutos. Gaunt y yo nos pusimos en pie.

Todavía se veían algunas llamas, restos de combustibles y materiales que terminaban de consumirse. Pero lo que quedaba de la *Tía Fanny* no servía ya ni para chatarra.

* * *

—Creo que cuando volváis, la próxima astronave se terminará mucho antes —dijo el profesor—. La NASA, pondrá a vuestra disposición su enorme potencial industrial y económico, con lo que, antes de un año de vuestra llegada, habrá ya otra nave en disposición de zarpar hacia Marte.

—Sí, es una buena idea —acepté yo—. Nuestra suerte ha sido que la *Bella María* estuviera en condiciones de uso.

—Parece recién construida —dijo Stuyler satisfecho—. Bien, supongo que Daisy y Dick se irán con vosotros.

—Yo, no —decidió Daisy de repente—. Esto me gusta, profesor. Si usted me acepta, me quedo aquí, con usted.

—Ah, pero, ¿crees que estoy tan viejo que necesito una enfermera? —protestó Stuyler.

—No, aunque si una colaboradora. Aquí hay mucha tarea y a mí me gustará ayudarle, profesor —insistió Daisy.

—Bueno, si es tu capricho... ¿Dick?

—Lo siento. Esto es bonito para unos cuantos días. La Tierra me gusta más —respondió el interpelado.

Luego me miró a mí.

—Quizá usted me dé trabajo cuando lleguemos a la Tierra — sugirió.

—Ya estudiaremos ese asunto en su momento —respondí—. Ahora tenemos que discutir otros más importantes.

— ¿Cuáles son, muchacho? —quiso saber el profesor.

—Primero, estas cuatro cúpulas serán, con el tiempo el origen de la primera cuidad marciana, fundada y habitada por terrestres. Por tanto, es necesario darle un nombre.

— ¿Lo tienes ya, Johnny? —preguntó María.

—Sí, se llamará Stuylerville, con la aprobación de los presentes.

María, Daisy y Gaunt levantaron las manos en señal de aprobación. Stuyler se encogió de hombros.

—Bueno, ya que se empeñan… —rezongó—. ¿Qué más, Johnny?

—Hay una ciudad, luego se necesita un alcalde —continué—. Propongo al profesor como primer alcalde de Stuylerville.

La propuesta fue asimismo aprobada, con el único voto en contra del interesado.

—Pero me voy a quedar solo con Daisy. ¿Cómo voy a ser el alcalde de una ciudad que sólo tiene dos habitantes? —alegó.

—Usted ya es el alcalde de Stuylerville —dije—. Sus conciudadanos le han elegido para el cargo y tiene que aceptarlo. Por tanto…

Agarré a María por una mano y la situé a mi lado.

—Como alcalde —añadí—, tiene autoridad suficiente para celebrar matrimonios, así que ahora mismo nos va a casar a María y a mí.

—Oh —respingó Stuyler.

Daisy y Gaunt se echaron a reír.

—Nosotros seremos los testigos —dijo la primera.

Stuyler nos miró a María y a mí alternativamente.

—Supongo que no me queda otro remedio que acceder a lo que has pedido, Johnny —dijo.

—No te queda otro remedio, en efecto, papá —confirmó María.

FIN